

La huelga de la ropa

y 32 cuentos más



AUTORES GANADORES
CONCURSO ESTATAL DE
**CUENTO
INFANTIL**
2 0 1 8

CULTURA *Fam*



La
huelga
de la
ropa

y 32 cuentos más

AUTORES GANADORES
CONCURSO ESTATAL DE
CUENTO INFANTIL
2 0 1 8

CULTURA *Fam*

La huelga de la ropa y 32 cuentos más
© Autores ganadores del Concurso
Estatad de Cuento Infantil 2018
Primera Edición 2019

ISBN en trámite

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Lic. Francisco García Cabeza de Vaca
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Lic. Sandra Luz García Guajardo
Directora General de Cultura Tamaulipas

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Cultura Tamaulipas
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y
C. Gaspar de la Garza N° 421, Zona Centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C.P. 87000
Tel. (834) 315 29 77

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

Gracias, escritores

La imaginación es el don de los niños que los adultos quisiéramos siempre conservar.

Los resultados del “Primer Concurso Estatal de Cuento Infantil 2018”, plasmados en la edición de “La Huelga de la Ropa y 32 cuentos más”, dentro del Programa Editorial Tamaulipas, así lo confirman.

Sus 33 cuentos seleccionados fueron escritos por niñas y niños de Ciudad Victoria, Tampico, Madero, Reynosa y los ejidos Cruz y Carmen y San Juan del Salto, del municipio de Hidalgo.

Esta muestra de creatividad infantil es motivo de orgullo y aliento de un pueblo, que tiene en la cultura y la lectura dos de sus más importantes elementos de superación.

Felicito a todos los participantes del concurso estatal de cuento infantil, así como agradezco la labor del Comité Editorial que apoyó la edición de esta obra, conformado por el talento y sensibilidad de las escritoras Mercedes Varela García, Lorena Rubí García Illoldi y Larisa López Carrillo.

Gracias a todos por recordarnos que la mente humana desconoce límites para cambiar al mundo.

Lic. Francisco García Cabeza de Vaca
Gobernador del Estado de Tamaulipas

El Gobierno del Estado y Cultura Tamaulipas estamos convencidos de que ustedes son el presente de México y quienes tienen el poder de transformar nuestro futuro a través del Arte y la Cultura.

Me siento muy honrada de formar parte de este equipo que marca la pauta para que las niñas y niños tamaulipecos sean los protagonistas de su propio destino, porque la lectura y la escritura alimentan su espíritu, despiertan su imaginación y los llevan a lugares mágicos.

Siéntanse orgullosos como yo lo estoy de ustedes, porque sus palabras trascenderán al formar parte de esta antología que hoy tienen en sus manos.
¡Sigamos construyendo juntos el desarrollo cultural de nuestra niñez!

Sandra Luz García Guajardo

Directora General de Cultura Tamaulipas

PRIMER LUGAR

La huelga de la ropa

Mauricio Serrano Alfaro

11 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

U nas voces interrumpen mi sueño, camino hasta donde está la lavadora, me oculto. Entonces escucho a mi camiseta *Steven* hablar, invita a las playeras al juego de futbol en el traspatio de la casa. Las camisas gritan porras cuando uno de los pantalones elegantes hace una magnífica jugada pero es derribado por un pantalón de mezclilla. El árbitro es un Tachón y con voz enérgica marca un penal. El pantalón elegante cobrará la falta, suena el silbato; el balón sale disparado al ángulo superior derecho de la portería. Aunque el pantalón de mezclilla rompe su costura al estirarse, no puede detener al balón.

—¡Gooooo! —festejan los calcetines columpiándose en los tendedores. Creo que estoy en un sueño.

—¡Coof, coof! —una ráfaga de tos sale de mi garganta; la luz del pasillo se prende; salgo de mi escondite.

—¡Te paraste descalzo! —dice mamá; me toma de la mano para llevarme a la recámara. Volteo hacia el traspatio; la ropa dejó de hablar.

Al otro día, mientras papá nos lleva a la escuela, yo no dejo de pensar en la ropa que habla. Mis hermanos Maui y Mael no dejan de jugar hasta que bajamos del carro.

Hoy en la clase, el maestro explica que hace más de cien mil años, los humanos cazaban animales; de sus pieles hacían ropa para protegerse del medio ambiente; imagino a una cavernícola ordenándole a su esposo:

—¡Tienes que ir de cacería!, la vecina de la cueva de enfrente tiene un abrigo nuevo; es de tigre diente de sable, ¡quiero esa piel!

—¡Amor, la tendrás, pero sí muero en el intento, recuerda que te amé!

Contento voy al escritorio del maestro para decirle que la ropa de esta época habla.

—¡Mateo, tienes mucha imaginación, mejor ponte a estudiar! —el maestro no me creyó, los adultos a veces son así, pero lo bueno es que la piel de animal para hacer nuestra ropa es cosa del pasado. Ahora la ropa se hace con fibras sintéticas; la venden en tiendas muy bonitas, sólo tienes que tener una tarjeta mágica como la de papá para comprarla: La tarjeta tiene dinero porque “primero trabajo”, dice papá.

Suena el segundo timbre; guardo mis útiles en la mochila; el maestro ordena hacer una fila para salir del salón.

—Me dejas —escucho una voz; regreso por mi suéter. Doy las gracias a Chucho y levanta sus hombros moviendo la cabeza de un lado al otro.

Alcanzo a los gemelos. Un carro está estacionado en doble fila, impide nuestro avance, mientras suena un claxon; mamá ve su reloj. Por fin sale una señora con Idalmi, la niña de primer año, arranca el carro; podemos avanzar.

Llegamos a la casa; tenemos el tiempo medido para cambiarnos de ropa, somos rápidos.

—¡Cuidado, la sopa está caliente! —nos dice mamá. Alerta roja, nadie irá al deportivo, Mael acaba de tirar la sopa, tenemos que arreglar este desastre. Maui prende la televisión; mamá le ordena apagarla, él hace muecas de enojo, lo convengo de irnos o llegaremos tarde a los entrenamientos. ¡Esperen, no se vayan sin mí!

Mael y Maui aprenden *taekwondo*, son cuarto *kup* azul. Yo juego fútbol, soy defensa.

—Pasa el jugador sin balón o el balón sin el jugador, nunca los dos —dice el entrenador.

Al regresar a la casa vamos directo al baño; aventamos la ropa a donde caiga, el chiste es bañarnos rápido, el primero en terminar gana la *Tablet*.

—Usen los canastos para la ropa sucia —dice mamá. Ella levanta la ropa, ¡es un ángel!

Durante la cena mis papás platican sobre las necesidades familiares; logran ponerse de acuerdo en la mayoría, excepto en una. A mamá

le gusta la ropa de marca, insiste en que su precio es mayor porque es de calidad. Papá recuerda que en su familia fueron diez hermanos y cuando los mayores dejaban ropa en buenas condiciones, abuelita se la daba al hijo que le quedara, así ayudaban a la economía familiar.

—Sí, pero Mateo tiene once y los gemelos siete años, piensa, aunque la ropa de Mateo les quede, faltaría ropa para uno de ellos —explica mamá. Papá está pensativo, toma la lista de necesidades y su calculadora. Anota; vuelve a calcular, borra, así hasta que hace una carita feliz.

—¡Haremos un esfuerzo, tendrán ropa nueva! —dice papá. Con tan buena noticia, seguro dormiremos contentos.

—¡El último es un *noob*! —grita Maui; corremos hacia las recámaras.

El reloj toca la cuarta campanada; despierto, vuelvo acomodar mi cuerpo en la cama, pero unas voces rompen el silencio de la madrugada. Me pongo las pantuflas; voy a la cocina; sentadas en las sillas del comedor las playeras están conversando:

—Soy *Chemise* la playera de Mateo, llevo dos semanas perdida; nadie me busca; estoy debajo de su cama.

—¡Eso no es nada! Soy *Ralph* tengo más de un mes colgado en el armario, miren, estas son las marcas del gancho en mis hombros, Maui ya me olvidó.

—¡Ustedes de qué se quejan, deberían estar en mi lugar! Soy *Sara* estoy hecha de fino lino blanco, ¡o sea! Me lavan tres veces a la semana en agua con cloro. ¡Hay no! Todo por ser la camisa de papá.

—¡Ustedes la ropa fifi, cómo sufren!, Mael me usa todos los días; me lavan diario; aunque ya estoy vieja, las playeras *Del Montón* somos aguantadoras. Cómo sea, en el tianguis nos venderán al mismo precio, sin distinción.

—¡Hagamos una huelga, no al tianguis, sí al reciclaje familiar! —grita toda la ropa, de tanto entusiasmo, les brotan burbujas de jabón líquido que vuelan por la cocina, ¡plop, plop, plop!, una a una revientan contra el techo.

Se escuchan las campanadas del reloj; las playeras empiezan a retirarse. *Sara* sube a lo alto del refrigerador y se avienta, da cinco vueltas en el aire; cae dentro de la cubeta realizando un formidable clavado. *Del Montón* se acuesta sobre la mesa para planchar. *Chemise* y *Ralph* se van flotando hacia las recámaras. Los gemelos están roncando mientras *Ralph* trepa por los cajones del armario para colgarse en su gancho. *Chemise* no se da cuenta que la veo meterse debajo de mi cama. Termina de sonar la quinta campanada cuando la ropa se encuentra otra vez en su lugar. Cierro mis ojos, poco a poco quedo dormido.

Un rico aroma me despierta, mamá cocina ¡*hot cakes!* Mi boca se llena de saliva pero antes de ir a desayunar, busco a *Chemise* bajo la cama, luego voy a la recámara de los gemelos y descuelgo a *Ralph*, ¡mi sueño fue real! Camino hasta la cocina con las playeras.

—¡Dos más para el tianguis! —dice mi mamá muy contenta. “¡Ups, la regué!”

Me toca lavar los platos; preparo el jabón; de repente veo cruzar por el patio a una fila de ropa dirigida por *Ralph*, llevan pancartas de protesta.

—¡No al tianguis, sí al reciclaje familiar! —dejan cientos de burbujas a su paso. El Fan, nuestro perro, las olfatea, intentará morderlas, le chiflo para que venga hacia mí, están a salvo. Las sigo hasta los tendederos, donde se ocultan detrás de una sábana.

—Nos iremos de esta casa, dejaremos a la familia sin ropa —sin querer cae la sábana y se sorprenden al verme, alguna ropa finge desmayarse.

—Por favor quédense: *Ralph, Chemise, Sara, Del Montón, Steven*, y a todos, les ofrezco disculpas por lo mal que las tratamos, me comprometo con sus peticiones: ¡no al tianguis, sí al reciclaje familiar!, pero no se vayan —la ropa forma un círculo, debaten, y después de un tiempo *Ralph* se acerca para decirme:

—¡Aceptamos las disculpas y confiamos en ti! —de inmediato corro a buscar a mis hermanos para que me ayuden a revisar cada rincón de la casa, levantamos la ropa del piso, la olvidada en los armarios para lavarlas. Cuando nuestros papás nos vieron tan hacendosos, hasta buscaron en sus cajones. Mamá al darse cuenta del cuidado que le damos a la ropa, se convenció de no venderla en el tianguis, y claro que apoyó el reciclaje familiar.

Fue así como evité la huelga de la ropa en mi casa, te lo platico al costo, para que a ti no te pase.

SEGUNDO LUGAR

No me quiero morir

Sebastián Amaro Barrera

12 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

En un pueblito muy pequeño de México, vivía Mikel, un niño de doce años muy normal en apariencia, flaco y un tanto cabezón. Siempre con el cabello mal cortado y mal peinado, desfajado y con los zapatos enlodados, tenía grandes ojos cafés, que casi siempre tenían una mirada triste o tal vez sea más correcto decir preocupada.

Preocupada, sí, a ese niño parecía preocuparle todo y nada a la vez. Un día después de clases, cuando iba a su casa, a espaldas llevaba su mochila, la misma que tenía desde tercero de primaria, era el mismo camino que recorría todas las tardes al salir de la escuela, llevaba una rama larga en la mano izquierda y con la derecha iba rascándose la cabeza. Del suelo enlodado por el que iba caminando recogió con la rama un gusano, aunque no le gustaban, pero podría decirse que algo en ellos le llamaba la atención.

Siguió caminando y al cabo de unos tres minutos escuchó una voz que le dijo: “Hola”. Él, muy asustado volteó para todos lados pero no había nadie, unos pasos más tarde volvió a escuchar esa voz: “Hola”. Mikel se detuvo a observar, no había nadie cerca en ese camino enlodado, esto ya empezaba a asustarlo. Decidió seguir su camino y al cabo de unos cuantos minutos volvió a escuchar esa voz que le decía “Hola” nuevamente. Mikel se quedó congelado al darse cuenta que era el gusano quien le hablaba.

—¿Quién eres? —dijo Mikel.

—Soy yo Eutimio, tú me has levantado del camino sin ningún motivo y ni siquiera me has saludado.

Mikel seguía congelado y después de unos segundos respondió:

—No sabía que los gusanos hablaran.

—Bueno, yo no soy cualquier gusano, soy Eutimio. He visto tu mirada y parece que algo te tuviera muy preocupado, ¿quieres contarme qué te sucede?

Mikel respondió con un tono de burla.

—Hum, y por qué iba a contarle algo tan importante a un simple e insignificante gusano.

Eutimio que era muy listo le contestó:

—Pues justamente por eso, porque soy un simple e insignificante gusano, nadie presta atención a los gusanos como yo.

Mikel lo pensó rápidamente y antes de que pudiera evitarlo ya las palabras salían de su boca.

—Es que... no me quiero morir”, dijo en una voz triste.

—¿Morir? —dijo Eutimio—, ¿acaso estás enfermo?

—No, no, nada de eso —dijo Mikel—, es sólo que no me quiero morir, y sé que todos moriremos, es nuestro destino como seres humanos.

—Va, pero sí eres sólo un niño —dijo Eutimio.

—¿Y eso qué, acaso no sabes que los niños también mueren, grandísimo tonto?

—Sí, claro que lo sé pero no es algo normal, tú no te ves enfermo y no me parece que vayas a morir pronto.

—Bueno de cualquier forma nadie pidió tu opinión, tan solo eres un gusano —dijo Mikel con un tono molesto.

Continuó caminando rumbo a su casa con la rama en mano y Eutimio sobre ella. De pronto, un gato negro atravesó su camino, Mikel se sobresaltó, “oh no”, dijo angustiada, “lo que me faltaba, seguro muero hoy”.

El gato muy desconcertado se quedó parado frente a él, tratando de adivinar lo que Mikel quería decir.

—Es que el niño no quiere morir —dijo Eutimio al gato.

—Jajaja, ¿pero qué dices niño?, ¿por qué piensas que vas a morir?

—dijo el gato.

Mikel doblemente sorprendido en un tono fuerte dijo:

—No me quiero morir y punto, a ustedes dos, ¿qué les importa?

—Pero, ¿acaso estás enfermo? —preguntó el gato.

—No, nada de eso, ¿acaso no sabes que los niños también mueren?, grandísimo tonto —dijo Mikel molesto.

—Sí, claro que lo sé pero no es algo normal, tú no te ves enfermo y no me parece que vayas a morir pronto —dijo el gato mientras se alejaba y seguía su camino.

Mikel molesto siguió caminando y no le hablaba a Eutimio, ni siquiera lo miraba, en realidad sí estaba molesto.

Algunos metros más allá salió a su encuentro un perro grande y juguetón, movía su cola en señal de querer jugar con Mikel, pero éste sólo decía: “ucha, ucha perro, largo de aquí”. El perro lo miró desconcertado y triste.

—Es que el niño no se quiere morir —dijo Eutimio nuevamente.

—Jajajajaja, jajajajaja, jajaja. ¿Pero qué dices niño?, ¿acaso estás enfermo? —dijo el perro mientras seguía carcajeándose.

Mikel realmente enfurecido gritó:

—No me quiero morir y punto, a ustedes dos, ¿qué les importa?

—Pero, ¿acaso estás enfermo? —preguntó el perro.

—No, no nada de eso, ¿acaso no sabes que los niños también mueren?, grandísimo tonto —dijo Mikel muy muy molesto.

—Sí, claro que lo sé pero no es algo normal, tú no te ves enfermo y no me parece que vayas a morir pronto, dijo el perro, mientras se alejaba carcajeándose y moviendo la cola.

Mikel lleno de ira le reclamó a Eutimio:

—Eres un metiche y chismoso, ¿quién te dio permiso de divulgar mis cosas? Sabía que no debía confiar en ti, grandísimo tonto.

Eutimio con voz suave pero firme dijo:

—Grandísimo tonto eres tú, que por estar pensando en la muerte no vives, dejas pasar ante ti momentos inolvidables, grandes amigos, la vida misma, ¿acaso no ves que eres tú quien da vida a la vida?, ¿ganas más con risas que con lágrimas?

Eutimio brincó de la rama y siguió su camino en dirección opuesta.

Mikel reflexionó las palabras de Eutimio y desde ese día no hay momento que desperdicie pensando en la muerte, ni en cosas que no tienen remedio.

Por supuesto, Mikel todavía tiene miedo a morir, pero ya no piensa en ello, pues sabe que cuando llegue el momento, habría vivido una vida llena de aventuras y grandes alegrías y estará preparado para partir.

TERCER LUGAR

El portal

Eliud Emilio Espinosa Carreón

8 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Un día mi papá, mi mamá y yo decidimos construir un portal a otra dimensión. Lo construimos con piezas de un televisor viejo, un microondas descompuesto, metal, tornillos e imanes. Una vez que lo habíamos terminado mi papá lo conectó al enchufe de la corriente, todos nos escondimos para protegernos de que no nos pasara nada, pero al parecer algo andaba mal, sólo encendieron unas luces pero se apagaron de inmediato, así que un poco tristes nos fuimos a dormir.

Esa noche recuerdo que una tormenta cayó en la ciudad, se escucharon muchos truenos y el cielo se iluminaba con relámpagos. Como tenía mucho miedo me fui a acostar con mis papás, pero un estruendo nos despertó; mi papá enseguida se levantó de la cama para ver qué ocurría. Al ver por la ventana descubrió que el portal que habíamos construido estaba totalmente iluminado, así que enseguida fuimos a ver por qué había tanta luz azul, era el portal que ya funcionaba.

Como aún seguía lloviendo mi mamá no me dejó acercarme mucho al portal, mi papá revisaba realmente qué había pasado, parece que un rayo cayó sobre el portal, nos decía a mi mamá y a mí, sólo faltaba más energía para poder hacer funcionar bien el portal.

Ya que había parado de llover un poco, mi papá tomó una cuerda y la amarró a un triciclo que era mío de cuando era pequeño, lo empujó hacia el portal y éste se lo tragó. Mi papá sujetó con fuerza el extremo de la cuerda que se encontraba de nuestro lado, pero lo empezó a arrastrar directamente hacia él, mi mamá y yo nos asustamos mucho al ver que mi papá se dirigía al portal, así que lo abrazamos muy fuerte para que no se lo llevara, pero fue tanta la fuerza que nos comió a los tres quedando dentro de él de una forma inexplicable.

Una vez dentro del portal, no sabíamos qué podía pasar, así que de inmediato quisimos regresar, pero no pudimos hacerlo porque el portal se apagó de repente dejándonos dentro de aquella dimensión desconocida.

Nos mantuvimos juntos como dijo mi papá y nos fuimos a explorar el lugar. Notamos que todo tenía forma de X, las montañas, las nubes y hasta las hojas de lo que parecerían eran árboles. Caminamos por un largo rato sin encontrar a nadie y ya casi oscurecía, de pronto sentimos que alguien nos seguía, cuando nos dimos la vuelta para ver quién era, vimos un pequeño ser con forma de X que sólo se escuchaba que decía “xí, xí, xí”, así que decidimos llamarlo “Xivi”.

Xivi era muy simpático y amigable, de inmediato le llamó mucho la atención que éramos muy diferentes a lo que él conocía, pero más le

atraía mi pequeño triciclo. De una forma muy extraña se subió en él y se empezó a divertirse muchísimo, pero como se hacía de noche tratamos de decirle que no éramos de esa dimensión y que queríamos regresar a nuestra casa.

Entendió algo de lo que le decíamos porque de inmediato nos llevó a un lugar que al parecer era su casa, ahí tenía un acompañante que pensamos era su mascota, tenía la forma de una pequeña X y decía: “xiau, xiau”. Le dijimos que teníamos hambre y un poco de sueño, nos ofreció unas equis pequeñas que sabían a chocolate con nieve de vainilla, después nos indicó que podíamos dormir en una cama con forma de X que estaba muy suavecita, así que dormimos largo y tendido.

A la mañana siguiente después de descansar tan a gusto, fuimos a buscar a Xivi, pero no lo encontramos dentro de la casa, pero escuchamos unas risas y salimos a ver qué era, porque se escuchaba muy fuerte. Era Xivi con varios de sus amigos que se estaban divirtiendo mucho jugando con mi pequeño triciclo, salimos a jugar un poco con ellos pero al pasar el rato mi mamá me preguntó que si no quería regresar a casa y yo le dije que claro que sí, pero que aquí era muy divertido y que todos eran buenos aquí.

Mi papá le preguntó a Xivi que si él conocía alguna forma en la que nos pudiera ayudar a regresar a casa, pero Xivi no parecía entender cuando mi papá le decía que ocupábamos una fuente de energía muy potente, así que fuimos todos a ver dónde había quedado el portal. Una vez en ese lugar mi papá le explicó que el portal se tenía que llenar de

energía para poder funcionar, pero él seguía sin entender que era lo que ocupábamos. Xivi mejor se fue a jugar con sus amigos cerca de un árbol con hojas en forma de X. Cuando se acercaban a él y se divertían, la copa del árbol se iluminaba con un resplandor muy brillante; al ver esto mi papá le dijo a Xivi que algo así estaba buscando para el portal. Así que Xivi fue por más de sus amigos y rodearon el árbol, se pusieron a jugar alrededor de él y como todos parecían estar muy alegres transmitían esa energía al árbol luminoso.

Fue ahí cuando mi papá vio la oportunidad de conectar de alguna forma el portal al árbol que empezó a darle energía para que funcionara mientras más amigos de Xivi se acercaban al árbol a jugar y divertirse. La alegría que sentían se transmitía al árbol y daba más potencia al portal, una vez que éste recibió la energía adecuada se encendió correctamente, fue cuando vimos la oportunidad de regresar a casa, nos despedimos rápidamente de Xivi y nos tomamos de la mano de papá, mi mamá y yo, y cruzamos el portal.

Ya en casa extraño mucho a Xivi, me da mucho gusto que se haya quedado con mi pequeño triciclo para que me recuerde y que se divierta como él sabe hacerlo. Ahora sé que la alegría es como una energía muy potente que se puede transmitir a los demás, así que procuraré estar siempre alegre para transmitir esa alegría a los demás, así como mis amigos de la dimensión X me lo enseñaron.

Mi perro Toto

Sergio Alejandro Trejo López

10 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

En este cuento vivirás las aventuras que he tenido con mi perro Toto, el cual es mudo, o eso pensaban, pero lo que no saben es que el perro sí ladra, ladra por dentro, y vaya que ladra mucho, pero bueno, ¿estás listo para empezar esta aventura? Yo sí.

¡Hola!, les cuento que tengo un problema, ¿cuál es mi problema?, mi problema es con mi perro Toto. Él es amoroso, sensible y valiente pero... también es mudo, es tan mudo que ni siquiera puede gemir.

Un día fui con mi amiga Liza a jugar. Toto y Didi, el perro de Liza, estaban jugando cuando de pronto Didi le arrebató a Toto su juguete, que era su juguete favorito y Toto por primera vez ladró.

Sentí mucha felicidad al escucharlo ladrar y brinqué y reí mucho con mi amiga de gusto.

Al llegar a casa le conté todo a mamá, ella preparaba la comida y de alegría tiró la olla de caldo al suelo, en fin, más comida para Toto que se apresuró a comerla.

Esa noche cenamos como nunca en honor a Toto, mamá preparó todo lo que nos gustaba a mi perro y a mí; tortas, pollo con brócoli, burritos, pizza, etc. Y para Toto preparó croquetas con pollo, sus favoritas.

Fue un día maravilloso, pero todavía no entendía cuál era la causa de que todos estos años Toto no había ladrado, pensé que podría ser porque estaba enfermo, le conté a mi mamá lo que pensaba y ella prometió que visitaríamos al veterinario al día siguiente.

Esa noche casi no pude dormir, me sentía nervioso por la consulta de Toto, imaginé que nos dirían que mi perro tenía una rara enfermedad, eso sí que me asustaba.

El día llegó y mi mamá cumplió su promesa, como lo hace siempre que promete algo. Llegamos a la veterinaria y mis nervios eran muchos más que el día anterior.

Por fin nos atendió el veterinario, escuchó muy atento todo lo que le dijimos de Toto; lo revisó cuidadosamente pero no encontró nada raro en él. Intrigado el veterinario por el caso de Toto, nos pidió regresar una vez más porque quería investigar la causa del problema, ya que él nunca se había encontrado con un caso parecido.

Y así pasó el tiempo, visitábamos frecuentemente la clínica veterinaria donde atendían a Toto sin tener resultados agradables, ya que

después de ese día que jugábamos con mi amiga Liza y su perro Didi; Toto no volvió a ladrar.

Pero una tarde que fuimos a pasear al parque encontramos a muchos niños jugando con sus perros, al verlos Toto corrió y empezó a jugar con ellos, a corretear por el parque y nuevamente volvió a ladrar.

Al siguiente día fuimos a la clínica y le contamos al veterinario lo ocurrido el día anterior. El veterinario nos recomendó sacar a Toto diariamente a jugar para observar lo que pasaba y nos llevamos una gran sorpresa, Toto corría de un lado a otro y ladraba.

El veterinario, mi mamá y yo llegamos a la conclusión de que Toto no ladraba porque se sentía solo en casa, donde no había suficiente espacio para que mi perro corriera y jugara.

Desde ese día salimos casi todas las tardes a sacar a mi perro a jugar.

Llegaba de la escuela y me apresuraba a comer y hacer mi tarea para que me quedara un poco de tiempo libre y poder sacar a mi perro a pasear.

A veces íbamos a una plaza que está cerca de mi casa, en otras ocasiones mi mamá nos llevaba al parque o sólo caminábamos unas cuantas calles, pero eso mantenía feliz a Toto, que no paraba de ladrar.

Desde que descubrimos lo que le pasaba a Toto, lo sacamos a pasear casi a diario, hemos vivido muchísimas aventuras juntos; Toto corretea con otros perros y yo juego con mis amigos.

Ya sólo visitamos al veterinario cuando le toca vacunarse a Toto, y éste ya no ha dejado de ladrar.

Y fue así como se nos terminó la preocupación por el silencio de mi perro, ahora tenemos un gran grupo de amigos, y siempre llega uno más para integrarse al grupo, en casa ya no hay silencio, tenemos un perro que ladra, y ladra mucho, estamos pensando en adoptar un perro para que haga compañía a Toto.

¿Tú has tenido alguna aventura con tu perro?

Sólo me queda recomendarte que cuides mucho a tus mascotas, ellas te acompañan y alegran tu vida.

Una aventura llamada primaria

Joel Leonardo Torres Almaraz

Ciudad Victoria, Tamaulipas

No recuerdo exactamente la fecha cuando entramos a la primaria, pero sí recuerdo que estaba muy emocionado; principalmente, porque ahí encontraría nuevos amigos, descubriría un mundo diferente y aprendería cosas maravillosas.

Conocía muy pocos niños, algunos porque eran mis compañeros en el equipo de fútbol, otros porque venían del mismo CENDI, aunque no del mismo salón, pero a mí nunca se me dificultó relacionarme con los compañeros, me gusta tener muchos amigos.

Y así empezamos nuestra nueva aventura en aquel lugar llamado: Primaria.

En primer año, tuvimos un maestro muy joven, pero muy exigente. En alguna ocasión escuché a mis padres decir:

—Es muy joven, no va a poder con estos pingos —y estoy seguro que no fueron los únicos que lo pensaron. Pero sí que se equivocaron.

Con el paso del tiempo les demostró que su juventud no era impedimento para ser un excelente maestro. Su paciencia, su entrega y la pasión por su trabajo, hicieron que se ganara el respeto de todos los padres y por supuesto de nosotros. Siempre nos trató con respeto, aunque algunos de nosotros lo sacábamos de quicio; siempre tuvo una palabra de aliento, un abrazo cálido y nos dio la confianza para creer en nosotros mismos y salir adelante en cualquier adversidad. Fue nuestro maestro también en segundo grado. Sé que tanto yo como mis compañeros, lo recordaremos siempre con cariño.

Aunque nosotros queríamos que fuera nuestro maestro todo el tiempo, pues nos habíamos encariñado mucho con él, comprendimos que eso no era posible. Pasamos a tercero y tuvimos la oportunidad de conocer otra excelente maestra, con ella continuamos nuestro viaje por este mundo inmerso, aprendiendo y descubriendo las maravillas que los libros de texto tenían guardadas para nosotros.

Entre actividades, juegos, tareas y muchas ganas de absorber cada nueva lección que ella preparaba, ¡todos los días eran mágicos! La llegada de nuevos compañeros, nos daba la posibilidad de aumentar nuestras amistades. Aunque también hubo despedidas, pues algunos otros tuvieron que irse por algún motivo, creo que esto pasó cada año, unos llegan, otros se van. Ya no éramos tan “niños”, estábamos creciendo y muchas veces tuvimos llamadas de atención, pues controlar a treinta y tantos

niños no es tarea fácil. Ahora lo entiendo perfectamente y valoro cada día vivido en esta hermosa institución.

Pasaron los días, los meses y llegó un nuevo reto: el cuarto grado. ¡Ya somos de los grandes! Ahora nos toca a nosotros “cuidar” de los pequeños, ser responsables y estar atentos para no tener accidentes que lamentar.

Al iniciar este nuevo año, tuvimos otra maestra, pero sólo por unos días, pues ella pasó a la subdirección y a la escuela llegó una nueva maestra que sería la encargada de nuestro grupo.

De ser unos perfectos desconocidos, pasamos a ser sus pequeños amores. Ella nos conquistó con su calidez, con sus ganas de enseñarnos y la verdad nos ganó el corazón. Aparte de todo lo que nos enseñó, con ella pudimos ser parte del cambio en nuestra escuela. Concurso ganado, ¡qué bien se siente eso! Nos esforzamos y junto con nuestros padres hicimos el jardín más hermoso.

Aquí tengo que recalcar que siempre hemos tenido el apoyo de nuestras familias en todas las actividades que hemos realizado, siempre han estado junto a nosotros y nuestros maestros, para hacer nuestro viaje más emocionante y hermoso. Jamás terminaremos de agradecerles cada peso invertido en nosotros.

En muchas ocasiones no nos damos cuenta de los sacrificios que han tenido que hacer para que tengamos todo lo necesario, desde un lápiz, cartulinas, hasta un vestuario para que podamos participar en todas las actividades.

Nada como el amor de la familia, ese amor incondicional que nos impulsa y protege.

Transcurre el tiempo y llega el quinto grado.

Estrenamos maestra y ahora las cosas son distintas, iniciamos el ciclo y ella nos empieza a preparar para los cambios que llegarán con el futuro.

Nuestros padres, al principio se quejaron de tener tareas todos los días, pero ella fue muy clara: las tareas son de los niños, no de ustedes. Pueden apoyarlos, pero no hacerla por ellos.

Lo que sí me ha pesado, es que ya no pude seguir en el equipo de fútbol, pues mi escuela es de tiempo completo, salgo a las cuatro de la tarde y entre tareas y trabajos no puedo asistir a los entrenamientos.

Así que después de seis años, tuve que dejar el fútbol. Dice mi mamá —ya habrá tiempo para continuar, primero la escuela—. Así que espero pronto llegue ese día, eso lo deseo de corazón, pues es el deporte que más me gusta.

El sexto grado llegó y con él, un mundo de cambios.

Seguimos con nuestra maestra querida; la que habla fuerte pero es dulce, la que nos regaña pero nos apapacha, la que ama su trabajo y cada día lo demuestra en el salón, pues cada actividad, cada trabajo, lleva su sello, su entrega, su pasión; ella nos conoce perfectamente, no podemos engañarla en ningún sentido.

De su mano hemos ido descubriendo la transformación de nuestros cuerpos, esos cambios que llegan con la edad. Nos explica, nos guía y hace que todo parezca tan fácil.

Nos ha inculcado el respeto que debe existir entre nosotros. No burlarnos de nada ni de nadie. Todos somos diferentes y debemos aceptarnos con nuestros defectos y virtudes. Estamos aprendiendo a ser responsables y cuidarnos mutuamente.

El tiempo pasa rápido. Todavía tenemos cosas por aprender y estamos a unos meses de concluir nuestra educación primaria.

Sé que muchos de nosotros no seguiremos juntos, pues lo más probable es que entremos a escuelas diferentes, pero también estoy seguro de que eso no será un impedimento para vernos. Seis años juntos son suficientes para dejar huella en cada uno. La amistad que aquí ha iniciado seguirá por el resto de nuestras vidas, eso depende de nosotros, y seré uno de los que procure tener contacto con mis queridos amigos y amigas. Sé que sí se puede, pues a la fecha, sigo teniendo reuniones con algunos de mis amigos del CENDI y nuestra querida maestra Malena.

Así que estoy listo para culminar mi educación primaria, me llevaré grabado en el corazón cada día vivido en mi querida escuela “Altaír Tejeda de Tamez”. Estoy agradecido con cada uno de mis maestros por todo lo que me han enseñado; me siento preparado para iniciar una nueva etapa, nuevos retos, nuevos amigos, nuevos maestros y muchas ganas de continuar.

Esto es sólo el comienzo, tengo muchas páginas en blanco en donde escribiré mis logros y por qué no decirlo, también algún fracaso, que me servirá para superarme y ser mejor cada día. Claro, siempre pidiendo a Dios me dé la oportunidad de contar con mi familia en todo momento.

Continuemos nuestra aventura del conocimiento.

Gracias por todo, nos vemos en el siguiente grado.

Una aventura fuera de casa

Nataly Ahtziry Báez Eguía

Ciudad Victoria, Tamaulipas

Había una vez una familia que no salía de casa, porque todos los integrantes de la familia estaban muy entretenidos con el celular viendo mensajes, videos, películas, el Facebook y llamando; un día el papá llamado Jonathan, decidió distraerlas un rato y la hija mayor Mónica de 16 años, opinó que podrían hacer un campamento en el patio de su casa y a nadie le pareció la idea de Mónica, y después Jonathan su papá los convenció ofreciéndoles ir al cine terminando el campamento que duraría una semana.

Sus otras hijas, Perla de 12 años era muy adicta al celular y la tecnología y no le gustaba salir, Vanesa de 10 años sólo lo hacía porque después iban ir al cine y Kiara de 7 años estaba muy emocionada porque iba a salir por primera vez.

Al empezar, casi todos estaban bien emocionados, menos Perla porque la condición era dejar todo lo de tecnología en una caja dentro de la casa y para ellas era algo muy difícil hacerlo, al salir se sentían muy raras ya que era su primera vez, se quejaban de todo, de los mosquitos, hormigas, moscas y hasta el aire, Mónica y su papá estaban bien felices y a gusto entre la naturaleza.

Al llegar la noche asaron bombones y comieron sopa de estrellitas alrededor de la fogata, su papá tocó canciones con una guitarra color café.

Luego comieron sopa de fideo con jugo de limón hecho por su mamá.

Al terminar de comer, Kiara decidió armar las tiendas de acampar, al entrar se dieron cuenta de que no había almohadas ni colchón, nadie quería seguir ahí después de ver todo lo que faltaba allá en el patio.

A la mañana siguiente, todos traían hambre y necesitaban leche, y como no había carros pues tenían que ir en otra cosa; a Vanesa se le ocurrió ir en caballo, tuvieron que ir al rancho por Stephanie, la yegua que tenían ahí, de ahí se fueron a una parcela donde había muchas vacas y le sacaron leche y se regresaron a la casa y desayunaron todos; extrañaban ver la TV, jugar con el celular y ver videos. Para que no se aburrieran las niñas, Jonathan y María decidieron sacarlas un rato a la placita y allá se encontraron la mejor amiga de Perla, Nicol, y se divirtieron jugando todas juntas y al regresar a casa todos llegaron muy agotados, llegaron a bañarse y dormir. Como se durmieron temprano se despertaron a las 5:00 am y cuando pisaron el pasto salieron animalitos que brillaban,

todas se asustaron y gritaron despertando a su papá quien les explicó que esos animalitos eran luciérnagas, después encontraron una oruga y Kiara lo agarró y lo dejó ir para regresar a su cama.

Al día siguiente cuando se levantaron, jugaron un ratito con sus perritos Spike, Tita y Nancy, jugaron a aventarles la pelota y cacharlos, todos se divertían mucho estando afuera, pero Perla y Kiara extrañaban sus juguetes, su mamá las invitó a hacer muñequitas de palo y con otras cosas que también estaban tiradas; los demás se pusieron a sembrar plantas florales por un rincón del jardín.

Después, María y Jonathan las llevaron a caminar a la calle y encontraron una mariposa monarca hermosa que no se dejó tocar y un perrito blanco; después caminaron por horas apreciando todo a su alrededor; dándose cuenta todos de lo mucho que se perdían al no salir de casa.

Fue entonces cuando notaron que no era necesario pasar tanto tiempo con el celular, que la tecnología es buena y sirve de mucho siempre y cuando se utilice de manera correcta en los momentos adecuados para no volverse a perder de todo lo que la naturaleza les ofrece.

Moraleja, no dejes para luego lo que puedes vivir hoy.

Un cuento de otoño en el cielo

Diego Alejandro González García

12 años / Tampico, Tamaulipas

Hace mucho, mucho tiempo, en un bosque de encinos del hermoso Tamaulipas, una Mascarita Tamaulipeca después de posarse sobre un inmenso encino rojo, empezó a volar alegremente cuando de repente una Musaraña le dijo muy fuertemente:

—Hola Mascarita, ven a ver esto desde acá de las alturas, el Loro y el Juancho están tocando, cantando y todos bailando.

—Pero... no me invitaron —comentó.

—Claro que no —respondió Musaraña—, para esto no hace falta invitación, me lo dijeron ellos, todos están invitados, ¡ánimate!

—Está bien —indica Mascarita, y emprendieron el viaje a la colina siguiente, y así iban en pleno y maravilloso vuelo cuando de pronto se encuentran a Tlaconete, quien les dice:

—¿A dónde van con tanta prisa?

—Vamos a ver a Loro y a Juancho, están tocando y está llenísimo, ven, acompáñanos que no hace falta invitación —comenta Musaraña.

—Ahora es cuando, me encanta que me inviten ustedes a pasear y disfrutar el aire y la naturaleza, acepto la invitación con gran gusto, muchas gracias —responde Tlaconete.

Por fin llegaron al lugar, impresionante, lleno de alegría y de intensos y diversos colores, en especial por el atuendo de todos los invitados y la frondosa vegetación tropical, parecía el paraíso, por no decir El Cielo, era una zona especial y única en el mundo donde había cuatro ecosistemas: selva tropical, bosque de montaña, bosque de pino y encino y matorral xerófilo.

Todo esto entre cascadas, pozas de agua, cuevas y cenotes. Entre los invitados se encontraban: la Guacamaya, el Jaguar, el Águila Elegante, el Puma, la Mariposa, la Codorniz, el Tinamú, el Ocelote, el Faisán, el Oso Negro, el Coatí y la Comadreja.

Lo primero que hicieron fue saludar a sus grandes amigos, Juancho y Loro, quienes de inmediato les dieron la bienvenida, todos se sentían en su casa, y lo era.

Pasó un rato y todos estaban en gran plática cuando de pronto se escuchó un inmenso estruendo, era ni más ni menos que Jaguarundi, quien dijo con fuerte e imponente voz:

—Hasta mi montaña se oye su escándalo, déjenme descansar que lo único que hacen es gritar y tocar pedazos de madera con cuerdas —dijo

furioso. De ahí pasó a estar sorprendido y triste al darse cuenta del descontento de todos.

—Por eso nadie te invita, vete a tu casa, ¡aguafiestas! —contestó Mascarita.

Jaguarundi, al ver que todos estaban en su contra se puso a pensar en la vida tan solitaria que llevaba, casi no tenía amigos y los pocos que tenía le decían siempre que era muy gruñón, se molestaba con mucha facilidad y ya estaba cansado de eso, aparte se estaba haciendo mayor.

De pronto, Juancho y Loro interrumpieron:

—Tranquilos, tranquilos, que se quede un ratito para que sepa lo que estamos haciendo, recuerden que compartir y departir nos hace mejores.

A todos les gustó la idea y para su sorpresa a Jaguarundi le encantaron los huapangos, era el momento de transformar su existencia —pensó—, no paraba de bailar al escuchar el Querreque, el Cuerudo, las Tres Huastecas, el Caballito y sobre todo la Huasanga, es más, ya no se bajó de la tarima de madera y puro zapatear.

Un poco antes del final del festejo el Jaguarundi se disculpó:

—Perdónenme, he sido tan bobo, no me daba cuenta de lo mucho que tengo, sobre todo el tenerles a ustedes, ¿me dejan otro ratito?, me siento realmente feliz aquí con ustedes —a lo que todos accedieron. Tan alegre estaba que hasta le dio por cantar, aunque desentonaba bastante.

A todos les gustaba escuchar a Loro y a Juancho y absolutamente todos bailaban y cantaban, sabían que eran muy afortunados en tener tantos amigos y vivir en un lugar extraordinario, era muy divertido, y esta fiesta era de todos los días, ahí, en El Cielo y todos siguieron siendo muy felices.

El viaje en el desierto

Iván Carmona García

8 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Había un vaquero llamado Iván que vivía en un rancho en la montaña con su mejor amigo, un caballo llamado Manchas, también tenía gallinas, cerdos, borregos, vacas y un lindo perrito.

Un día, el vaquero Iván se fue a pasear con su caballo a la ciudad más cercana y aprovechó para comprar algunas cosas para comer.

Cuando iba de regreso a su rancho, vio que una casa se quemaba, así que fue junto con su caballo, y valiente entró a ver si había alguien en peligro y encontró a un joven tirado en el suelo. El vaquero Iván corrió hacia él y junto con su caballo Manchas, lo sacaron de la casa que se estaba quemando.

Cuando despertó el joven, le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Carlos... muchas gracias por ayudarme.

—¿Qué sucedió?, ¿sabes por qué se quemaba tu casa?

—Estaba fallando la luz y fui a checar si era algo sencillo, me puse a arreglarlo y de repente empezaron a salir muchas chispas, hasta que una de ellas tocó una cuerda y empezó a quemarse la casa, de repente algo cayó y me empujó hasta golpear mi cabeza. Estaba algo despierto cuando vi que alguien entró y me rescató, que ahora sé que eras tú —contestó Carlos.

El vaquero Iván lo invitó a su rancho a vivir mientras reconstruía su casa.

Después de eso, fueron al rancho para acomodar algunas cosas, así se acabó el día y se durmieron.

En la mañana siguiente, mientras todavía dormía el vaquero Iván, escuchó que alguien hacía pataleos, fue a asomarse y vio que era Manchas, su caballo, y volvió a la cama a dormir. Cuando amaneció, se levantó y se dio cuenta que su nuevo amigo Carlos construía cercas nuevas para los corrales de sus animales. Y Carlos le dijo, para agradecerle por lo que hiciste por mí, construí estos corrales para que tus animales no se escapen.

Durante el resto del día se conocieron mejor, pasearon juntos en la montaña, comieron y jugaron durante todo el día. Después que regresaron al rancho, el vaquero Iván revisó si estaba todo bien con sus animales y descubrió que todos estaban muy contentos, que el cerdo jugaba en los charcos, el borrego saltaba de una cerca a otra, las vacas mugían, el perrito ladraba y sus caballos pataleaban mucho.

Al vaquero Iván le gustaba mucho vivir con su nuevo amigo Carlos, así que empezó a construir un cuarto para que su amigo tuviera un lugar bonito donde quedarse. Ese día el vaquero Iván, le preguntó a Carlos:

—¿Tienes hambre?

—Sí, por supuesto.

—Ven, siéntate a la mesa y te serviré unos ricos huevos de mi granja y leche de mis vacas. Mientras terminas de comer, iré por más madera para construir tu cuarto.

Carlos ya había terminado de comer así que fue por su caballo para ayudar al vaquero Iván a traer la madera para su nuevo cuarto y trabajaron durante todo el día para terminarlo.

Después, Carlos le pidió al vaquero Iván acompañarlo al desierto para visitar a su familia y pedirle ayuda para reconstruir su casa en la ciudad. El vaquero Iván respondió emocionado que aceptaba ayudarlo.

Se sorprendió cuando le platicó su amigo Carlos que tenía familia en el desierto, así que viajaron durante días y días cruzando el desierto hasta llegar a un pueblo que tenía un castillo gigante y que su amigo Carlos entró hasta llegar al rey diciendo...

—Hola papá.

El vaquero Iván se dio cuenta entonces, que el rey era su papá.

El rey saludó muy agradecido al vaquero Iván por haber ayudado a su hijo Carlos durante todo el viaje y los invitó a pasear en el castillo donde les ofreció una rica comida que hacía mucho no probaban,

además le regaló al vaquero Iván, un hermoso, elegante y obediente caballo blanco.

En ese mismo momento, el vaquero Iván subió al caballo y su amigo Carlos al suyo y juntos pasearon el resto de la tarde alrededor del castillo. Se divertieron tanto, que hasta jugaron carreras con sus caballos.

Al día siguiente, el vaquero regresó a su rancho en la montaña con su nuevo amigo, su caballo blanco.

El vaquero vivía en su rancho y su amigo Carlos regresó a su hogar con su familia en el castillo del desierto y desde entonces fueron amigos por siempre.

El colibrí y el mensaje

Mariana Elizabeth Argüello Cano

8 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Mi abuelita se había ido un día antes. Fuimos a su funeral y su tumba se llenó de flores. Tantas flores, que tuvieron que llenar las tumbas alrededor de la de ella. Siempre pensé que era un regalo de mi tita para los demás, en el día en que se iba al cielo. Mi abuelito no se quiso ir en el carro con nosotros, mejor se fue caminando y recuerdo que tardó mucho en llegar a la casa ese día. Desde entonces, no sonrío como antes y sólo se la pasa trabajando, sin hacer juegos como los que nos hacía antes.

Al día siguiente, llegaron los colibríes a mi casa. Nunca había visto sus picos alargados, ni escuchado los sonidos que hacen pasar. Yo estaba con mi hermana jugando con la tierra, echándole agua para hacer un castillo de lodo. Me gusta hacer castillos de lodo, porque me divierto con mi hermana. Los escuché cuando pasaron por nuestras cabezas y

revolotearon un rato en el árbol de nogal que está en medio del patio. Al principio, me les quedé viendo y pensé que no se quedarían mucho tiempo. Era una familia de tres, la mamá colibrí, el papá colibrí y un pequeño colibrí. Mi hermana y yo seguimos con nuestro castillo, sin poner más atención, y de la nada habían desaparecido. Volteamos y ya no estaban por ninguna parte.

A la mañana siguiente, mi mamá empezó a regar las flores de mi abuelita. Ella tenía muchos tipos de plantas en el patio, rosas, bugambilias, crespones, nochebuenas y plantas de frutas, como el manzano o el naranjo. Mi mamá jamás había regado plantas y no sabía cómo hacerlo. Primero, inundó las nochebuenas, luego casi no les echó agua a los crespones y, al final, se desesperó y se quedó con mi hermana y conmigo, mientras dábamos vueltas en las bicis. Mi hermana corría atrás de mí, porque no le gusta tanto subirse a su bicicleta, pues prefiere los patines o correr. En eso llegaron de nuevo los colibríes. Pasaron por nuestras cabezas muy rápido y se fueron sobre el agua que tenían las nochebuenas. Eran los mismos tres, dos más grandes y uno más chico. A mi mamá también se le hizo raro verlos, porque no es común que haya de esos pájaros por aquí y, por eso, sacó su celular y buscó la palabra colibrí en *Google* y aprendí que también se le llama picaflor y chupamirto.

Cuando estábamos revisando esto, nos dimos cuenta que uno de los colibríes, el más pequeño, estaba en el suelo y no podía volar. Los otros dos estaban frente a él volando, pero después de un rato se fueron

y lo dejaron solo. Mi hermana y yo nos acercamos con mucho cuidado, pero el pequeño pájaro no se movía, estaba ahí, parado, sin moverse y nos miraba muy fijamente.

Había pasado un buen rato y el colibrí hijo no se movía. Si nos movíamos para un lado, él volteaba su pequeña cabeza hacia nosotras y nos seguía con la mirada; si nos metíamos a la casa, también volteaba y se quedaba viendo a la entrada de la casa.

Mi papá salió e intentó hacer que se fuera, pues nos preocupaba por los gatos. Sí, esos gatos malos. Hay muchos cerca y se meten a nuestro patio en las noches, esparcen la basura y gritan muy feo cuando se andan peleando. Mi papá agitaba las manos y hacía ruidos raros y chistosos, pero el colibrí hijo no se iba, sólo movía la cabeza hacia un lado y otro, como si intentara comprender lo que hacía mi papá, que cada vez sudaba más por el esfuerzo y se veía más gracioso, estirando las piernas y los brazos, y agitándolos como si fueron un rehilete. De pronto, el colibrí se echó a volar, pero fue derecho a la puerta de la casa. Todos corrimos, pero era muy tarde, el colibrí hijo estaba revoloteando en la sala, y justo cuando todos llegamos, el pajarito se fue a parar a las flores que estaban en la fotografía de mi abuelita.

Nadie se atrevió a acercarse y nos mirábamos sin saber qué hacer. Mi papá, por fin, dio unos pasos hacia el colibrí y hasta le puso la mano muy cerca, pero de nuevo el ave voló y ahora iba de cuarto en cuarto. Primero, se metió al comedor, donde se pegó con una puerta de vidrio. Pensé que se había lastimado, pero sólo sacudió la cabeza y siguió

volando hacia la siguiente habitación. En la cocina anduvo sobre el guisado y la carne de puerco que mi tía Juana estaba preparando. La pobre se asustó tanto que se subió a una silla y no bajó hasta que mi mamá le ayudó.

El colibrí se fue para las escaleras y ahí llegó hasta nuestros cuartos; en el de mi hermana y mío, dio varias vueltas alrededor de los juguetes, pero se alejó por la puerta hasta llegar al cuarto de mis papás, donde sólo se asomó por la puerta, pero no entró. A mí, me parecía como si algo estuviera buscando, pues no se detenía en ningún lado. El pajarito bajó de nuevo por las escaleras y se fue hasta el fondo de la casa. Ahí se topó con la puerta del cuarto de mis abuelitos. La puerta estaba cerrada, así que no podía pasar y se quedó volando afuera de ella. En ese momento, mi abuelito abrió la puerta y el colibrí entró. Mi abuelito apenas se quitó para que pasara y luego lo siguió con la mirada hasta que se paró en la cama. Yo llegué justo en el momento en que mi abuelito se acercó a la cama. Mi mamá, mi hermana y mi papá estaban atrás de mí y todos nos quedamos observando. Mi abuelito, en lugar de intentar acercarse directo a él, se sentó en una esquina de la cama con mucho cuidado. Sólo de reojo veía al pájaro. Hubo un momento de silencio. Mi abuelito, sentado en una esquina de la cama, y el colibrí, en medio, sin moverse.

Poco a poco, a mi abuelito se le fue saliendo una sonrisa. Nadie decía nada, no había ningún ruido, sólo la sonrisa de mi abuelito y el colibrí sin moverse. Después de un rato, el colibrí salió disparado hacia

afuera; mi papá también corrió y apenas alcanzó a llegar a la puerta y abrirle. Afuera, estaban los otros dos colibríes mayores. Se reunió con ellos y luego los tres se fueron revoloteando por encima de los árboles. Nosotros nos quedamos en el patio, viéndolos y luego nos dimos cuenta que mi abuelito también salía a la calle y se iba a caminar por un rato.

Después de lo que pasó, han seguido viniendo los colibríes al patio. Cuando eso sucede, pienso que nos visita mi abuelita desde el cielo, dejándonos un mensaje de que está bien y siempre nos estará cuidando. En especial, a mi abuelito.

La amistad es más importante que un juego

Cecya Jiménez Juárez
Ciudad Victoria, Tamaulipas

Érase una vez una niña que tenía once años de edad y se llamaba Noemí. En su apariencia física era de color de piel aperlada, ojos azules, color de cabello negro y de estatura normal para su edad. Solía vestir la mayoría del tiempo playeras y pantalones de mezclilla. Ella no era tan sociable, de hecho ella no era nada sociable, no hablaba mucho, así que sólo tenía un amigo llamado Caleb que tenía la misma edad de ella. En clase se la pasaba estudiando, su promedio era de puros dieces.

Todos los días cuando llegaba a casa después de la escuela le ayudaba a su mamá, y cuando terminaba de ayudarle estudiaba más. Parecía que era la hija de los sueños, hasta que un día su amigo le empezó a platicar de un videojuego llamado “gana o pierde” que había visto en un sitio en Internet. Al principio la niña no parecía muy interesada, hasta pensaba que era algo ridículo y tonto perder tanto tiempo sentada

jugando, pero al pasar los días su amigo le siguió platicando de este videojuego con el que estaba emocionado. Después de que había pasado una semana en la que todos los días su amigo le hablaba del dichoso videojuego, la niña intentó jugarlo.

—Aunque sea inténtalo una vez, ándale, por favor —le dijo Caleb.

—Nombre, no quiero jugarlo, ya te he dicho muchas veces que eso es muy aburrido —respondió Noemí.

—Es muy divertido, mírame jugar para que veas que es divertido.

—¡Está bien! Pero conste que lo voy a hacer solamente para que ya no me estés molestando con ese videojuego —la niña le contestó.

La niña pensó que después de todo no estaba tan aburrido el videojuego, y al perder, lo quiso volver a intentar, y una vez más, hasta que por fin ganó y pasó de nivel. El videojuego le empezó a interesar tanto que ni siquiera se había dado cuenta de que había pasado ya tres horas jugándolo.

Ese día, al regresar de la escuela, la niña le dijo a su mamá:

—¿Me puedes comprar un celular?

—Claro hija, te lo compraré porque tienes buenas calificaciones y creo que no te afectará, además eres una niña muy responsable y buena.

—Gracias mamá, no me afectará en mis calificaciones.

La niña empezó a jugar con su celular la mayor parte del tiempo, a pesar de que no debía llevarlo a la escuela, porque no estaba permitido según el reglamento escolar, ella se lo llevaba.

Como era una niña muy inteligente como quiera aprobaba los exámenes al principio, pero después empezó a enviciarse cada vez más en el juego, de tal manera que ya no solo jugaba en el recreo, sino también en clase.

Ya ni platicaba con su único amigo Caleb, quien se arrepentía mucho de haberle mostrado ese juego. Caleb recordaba mucho los viejos tiempos cuando eran bien amigos y se ayudaban uno al otro en los ejercicios y las tareas de la escuela, se la pasaban platicando en el recreo, incluso recordó aquellas raras ocasiones en las que fueron a jugar juntos al parque que estaba cerca de la escuela. El niño se sentía cada vez más triste porque sentía culpa de haberle enseñado ese juego a su amiga Noemí.

Pero Noemí cada vez se enviciaba más y más en el juego y se alejaba de la realidad que la rodeaba y de las personas, se sentía muy feliz al jugar con el celular y pasar cada vez más niveles y acumular muchos puntos en el videojuego.

Caleb empezó a juntarse con otros niños y niñas porque quería hacer nuevos amigos, pero no lo hacían sentir tan feliz como su verdadera amiga Noemí, ya que había sido su amiga desde hace mucho tiempo.

Y así pasaban las horas, los días y las semanas... hasta que un día Noemí fue a la tiendita de la esquina de su calle porque su mamá le había encargado que comprara algunas cosas como pan para la merienda, leche, huevos para hacer de almorzar al día siguiente, entre otras cosas.

Al salir de la tiendita, ella empezó a jugar mientras caminaba por la banqueta, se sentía tan emocionada porque por fin logró pasar el último nivel, se sentía tan orgullosa de aquel logro que al cruzar la calle no se dio cuenta que venía un carro y por un accidente la atropelló y tenía muchas facturas, moretones y raspadas. Ella fue a parar al hospital, después de cinco minutos de llegar al hospital su mamá se enteró. Caleb fue el primero en enterarse y él le dijo a su mamá todo lo que pasó.

Después de dos meses volvió a la escuela y le pidió perdón a su amigo Caleb, Noemí le dijo:

—Perdón Caleb, aprendí que un celular o videojuego no son tan importantes como una verdadera amistad, ¿quieres volver a ser mi amigo?

—Claro, te extrañé —respondió Caleb.

Desde ese momento volvieron a ser amigos.

Moraleja: La amistad es un tesoro muy valioso nunca la pierdas.

Un fantástico día de muertos

Javier de Jesús Camacho Guevara

Ciudad Victoria, Tamaulipas

Había una vez un pequeño pueblo escondido entre las montañas, que no contaba con más de 100 habitantes, entre estos se encontraba una humilde familia integrada por papá Francisco, quien se dedicaba a las labores del campo, y que a diario salía muy temprano para ir a sembrar en las parcelas y cuidar de los animales que proveían a su familia de los alimentos que ellos consumirían, la madre llamada cariñosamente Mary por su familia, quien dedicaba su tiempo a cuidar del hogar y de un huerto de hortalizas, así como de Jesús, su único hijo, quien estaba por cumplir 7 años, el 31 de octubre, fecha en la que en las grandes ciudades celebrarían Halloween, justo ese día había nacido Jesús.

Un día de tantos, el niño preguntaba a sus padres porqué siempre le decían que las personas que estaban en las fotos que colgaban de las paredes de su casa, lo querían mucho y los cuidaban desde el cielo. Ante

esta pregunta sus padres entristecieron un poco al recordar a sus seres amados que ya habían partido de este mundo.

Su mamá Mary comenzó a platicarle de lo bueno y amorosos que había sido su papá Chabelo con ella, además, su padre le contaba de sus abuelos. Jesús se preguntaba porque él no los había conocido cuando aún estaban con vida y sobre todo a dónde iban las personas que amamos y nos aman cuando mueren.

Como ya estaba cerca su cumpleaños y por lo tanto el día de muertos, pidió a sus padres lo llevaran al cementerio a visitar a su abuelito de quien siempre escuchaba decir a su madre que lo amaba mucho. Por eso, el día que irían a visitarlo él despertó mucho más temprano que de costumbre, no aguantaba las ganas de irse con sus padres a visitar a su abuelo al cementerio y para esto pidió a su madre le comprara un ramo de hermosas flores blancas.

Una vez ahí, dijo a sus padres lo dejaran un momento a solas para platicar con él y cuando ellos se alejaron, él percibió en el aire un suave perfume y vio cómo, de la tumba de su abuelito, emergía una figura blanca y resplandeciente que parecía flotar sobre el aire, esto en ningún momento lo hizo temer, sino por el contrario se sintió acompañado y una inmensa felicidad se apoderó de él. De repente se dejó sentir una suave brisa que acariciaba su cara, en ese momento vio el dulce rostro de un anciano que le sonreía y le decía:

—¡Hola Jesús!, soy tu abuelito Chabelo y sólo quiero que sepas lo mucho que te quiero.

El niño sorprendido le contesta:

—¿Y tú, cómo sabes mi nombre?

Respondiendo la resplandeciente figura del abuelo:

—Yo te conozco aun antes de que tú nacieras, porque es tanto el amor por mi familia que siempre he estado ahí para ellos, aunque ya no me puedan ver, yo me hago presente en el inmenso amor que mi familia me tiene. Cuando me recuerdan o hablan a ti de mí, y cuando me recuerdan por los bellos momentos que vivimos en familia, yo los he visto días antes comprando lo necesario para el día de muertos y colocan en el altar de la casa, las bebidas que más me gustaban, ese café que me preparaba tu abuela y los panqueques y galletas que me hace tu madre, y la rica comida que nos encantaba compartir, porque cuando están tristes o llorando, yo seco sus lágrimas y cuando están felices yo lo estoy aún más.

Y así transcurrió el tiempo sin darse cuenta, en un momento dado el abuelo dijo:

—Es hora de irme, solo vine a que me conocieras y ahora me voy feliz porque me doy cuenta que eres un buen niño, que amas y respetas a sus padres, te encargo cuides a tu abuelita y de tu madre, quienes siempre te han querido y cuidado de ti.

—Eso lo sé abuelito —Jesús respondió.

Al decir eso la figura se desvaneció en el aire y nuevamente se sintió la brisa acariciándolo. Minutos después regresaron sus padres

que al verlo tan sonriente se sorprendieron y preguntaron a qué se debía su felicidad y el niño contesta muy sonriente.

—Es que hoy conocí a mi abuelito y estuve platicando con él.

Ante las palabras de Jesús sus padres se mostraron muy sorprendidos y más cuando les dijo que él les ayudaría a colocar el altar de muertos y pondría la taza favorita del abuelo, que por cierto su abuelita la tenía muy bien guardada y nunca se utilizaba por temor a que la quebraran, y en ésta ocasión la pondría con el café, los panqueques y galletas que su madre preparaba cuando él estaba con vida.

Así llegó el día de noviembre y empezaron a instalar el altar. Jesús colocó la foto de su abuelito Chabelo en el centro del altar y ayudó a su madre a preparar todas las bebidas y comidas que le gustaban a su abuelito.

Ese año todo tenía sentido, se sentía feliz, porque ahora estaba seguro que ellos nunca se van del todo de nuestro lado. Al llegar la noche, todos se fueron a dormir, menos Jesús quien esperaba pacientemente la llegada de su abuelo. De repente sintió la brisa acariciando su rostro y supo que su abuelo estaba por llegar, y así fue, vio acercarse poco a poco al altar la figura resplandeciente de su abuelo que como siempre irradiaba mucha paz y una hermosa sonrisa, que se hizo más grande al ver en el altar toda la comida y su inseparable taza de café que tanto le gustaba y que sabía fue preparada con mucho amor por su amada familia.

Antes de irse nuevamente volteó a ver a su nieto Jesús que lo esperaba despierto aún, y con una sonrisa se despide de él no sin antes decirle:

—Ama y respeta a tus padres, valora a tu familia, nunca olvides que ellos siempre estarán a tu lado en las buenas y en las malas y aún a la distancia siempre contarás con su apoyo y amor.

¡Valobot!

Leonardo Joel Buenrostro Castillo

8 años / Tampico, Tamaulipas

Valobot es un robot que ayuda a las personas, fue creado por un inventor que sabía mucho de robótica. Este señor quería diseñar un robot que se pareciera mucho a un ser humano, que fuera bueno y que les hiciera compañía a las personas.

Un día recibió una llamada de una persona que quería comprar un robot, él no tenía muchas intenciones de venderlo, pues lo había creado con mucho cuidado y casi igual que un humano. Él decía que sus cables eran como las venas, donde corría la energía que lo hacía ser más fuerte, su pequeño cerebro estaba lleno de programas que representaban las ideas que él podía realizar, su mente trabaja tanto que siempre lograba resolver los problemas que se le presentaban.

Era tan inteligente que no podía creer que fuera un robot, después de tanto insistir, la joven que llamó por teléfono, él decide vendérselo

y lo vendió porque Valobot sería la compañía de una abuelita que se encontraba solita en una pequeña granja. El tiempo pasó y Valobot fue enviado en una caja para ser llevado a la casa de la abuelita.

Toc toc se escuchó un sonido en la puerta, la abuelita la abrió y se encontró una caja de regalo, era algo grande y eso la sorprendía mucho, junto a ella venía una pequeña nota, “Con amor de tu querida hija”.

La abuelita empezó a abrir el regalo y dijo:

—¿Qué será esto? —y fue una gran sorpresa porque en ella encontró un robot, estaba dormido y la abuelita empezó a buscar en su cuerpo de lámina, algún botón que pudiera prenderlo, por fin lo encontró y el robot despertó.

Cuando él abrió sus ojos se encontró con la abuelita.

—Yo soy Valobot, seré tu acompañante, juntos descubriremos muchas aventuras, te prometo ayudar en los trabajos de la casa, seré obediente y muy ordenado.

Al día siguiente comenzaron un nuevo día, primero desayunaron, la abuelita una pequeña taza de café y el robot un bote de aceite, pues le ayudaban a sus cables a mantenerse sanos y que no rechinaran. Valobot se mantuvo fuerte por varios días pues la abuelita lo cuidaba muy bien.

Una tarde sentados en el jardín, Valobot se empezó a sentir mareado, le faltaban fuerzas y sus ojos se cerraban, necesitaba algo, pero la abuelita no sabía qué le faltaba, hasta que se preguntó, ¿son las baterías? Tengo que cambiarlas ya le hacen falta unas nuevas.

La abuelita corrió a su ropero y buscó y buscó hasta que encontró unas baterías que servirían para colocárselas a Valobot, cuando se las puso, él volvió a ponerse de pie, y abrió sus ojos y le preguntó a la abuelita:

—¿Por qué estás triste?

—Es que pensé que ya no ibas a estar conmigo, pero ya vi que te tengo que recargar las baterías y lo haremos cada tercer día —contestó la abuelita.

Los días seguían pasando y juntos hacían muchas tareas, como barrer, sacudir, hasta tomar un descanso. Se divertían tanto juntos que eran muy amigos sólo se tenían a ellos mismos.

Valobot salió a la calle a comprar unas manzanas y cuando se dirigía a la tienda, un papel se le pegó a su cara y él lo leyó; decía: Un gran circo vendrá a esta ciudad. Él se puso muy contento y al regresar a su casa se le dio a su abuelita para que lo leyera, la abuelita le dijo:

—Entiendo, quieres que te lleve, ¿verdad? —él movió la cabeza diciendo que sí.

Nos prepararemos, iremos los dos juntos y nos divertiremos mucho, ya verás.

Se llegó el día y él corrió por el sombrero y el bastón de su abuelita, pero vio que la abuelita todavía seguía sentada en su mecedora y estaba dormida, pues ella ya no se movía y sus ojos se encontraban cerrados. Intentó despertarla muchas veces y no despertaba, se puso triste y corrió a buscar baterías y se las puso en la bolsa de su blusa, pero él

se dio cuenta que ella no abría los ojos, no se movía tampoco. Sus ojos de hojalata empezaron a derramar lágrimas de aceite pues estaba triste, ya no tenía una amiga, él decidió sentarse a su lado y esperar hasta que sus baterías se apagarán.

Estando los dos ahí sentados, disfrutaron de un bello sueño, un sueño del que no despertarían jamás, pues él veía a su amiga la abuelita dándole su mano para que la agarrara y él corría hacia ella llevándole su sombrero y su bastón para ir juntos al circo y disfrutar de esa función, pues ellos reían y se emocionaban tanto que quedaron muy felices.

Un amigo de verdad se ama, se cuida y se protege, no importa si eres de metal lleno de cables por dentro, pero con un corazón lleno de buenos sentimientos, siempre que sea bueno contigo tú lo amarás porque será siempre tu amigo.

Un buen amigo lo seguirás hasta el último día de sus días.

Leo y el diente perdido

Valeria Denisse Casanova Olguín

8 años / Tampico, Tamaulipas

Leo tenía un diente flojo, se movía cuando silbaba la canción. Se tambaleaba al caminar, y le dolió cuando mordió su sándwich.

—Tal vez se caiga hoy —dijo Paty—, debes ponerlo bajo tu almohada —Paty sonrió, ella tenía una gran ventana en la boca.

Paco y Sonia también tenían unas grandes ventanas. Luis no tenía ventana en la boca, ni siquiera tenía los dientes flojos, no quería escuchar sobre los dientes, él quería jugar al fútbol.

—Leo —gritó Luis—, es tu turno, vamos a jugar y patear la pelota —Leo pateó, pero falló y cayó sobre su trasero.

—Uhh —dijo, sosteniendo su boca—, mi diente se salió

—Siii Leo, ahora vendrá el hada de los dientes —dijo Paty.

Leo, deja de jugar con su diente y patea la pelota. Puso el diente en el bolsillo, y pateó la pelota e hizo un gol.

—Goooooooool —gritaron todos, excepto Luis.
Cuando sonó el timbre, Luis recogió el balón de fútbol, la pelota de béisbol y tomó algo pequeño y blanco.
Al salir de clases, Leo corrió a su casa.
—Se me cayó el diente —gritó.
—Déjame verlo —dijo Lola—, Leo buscó en su bolsillo pero no encontró un diente, encontró un agujero.
Leo corrió hacia su madre y llorando dijo:
—Perdí mi diente.
La madre sonrió y dijo:
—Ya era hora Leo, estaba muy flojo.
—No —dijo Leo—, realmente perdí mi diente, no puedo encontrarlo, y no puedo ponerlo bajo mi almohada.
—Mmmmmhh, tal vez si le dejas una nota al hada de los dientes nos diga lo que pasó —contestó su mamá.
—También le voy a dejar una nota, tal vez el hada me traiga algo —dijo Lola.
—Pero no perdiste un diente —contestó Leo.
—Ella no lo sabe —comentó Lola.
Leo y Lola escribieron una nota al hada de los dientes. Esa noche, Leo puso la nota debajo de su almohada, Lola hizo lo mismo. Y Luis puso un pequeño diente blanco debajo de su almohada.
Cuando el sol se fue ocultando y la luna apareció, el Hada de los Dientes comenzó a trabajar. Ella empacó su bolso lleno de dinero

y regalos. Encendió su detector mágico de dientes y voló a través de la noche por encima de los tejados hasta que el detector se encendió. Cuando estaba justo sobre la casa de Luis, se hizo más brillante.

—Ya encontré una casa, hagamos la primera entrega —dijo ella.

Llegó al cuarto de Luis y miró debajo de su almohada. Encontró un pequeño diente blanco

—Mi detector no falla —dijo. Después de ponerlo dentro de la bolsa, la cerró cuidadosamente. Mientras ella la cerraba, vio a Luis roncando con la boca abierta. De repente el detector comenzó a encenderse y sonar como loco, ¡estaba señalando hacia la casa de Leo!

Al día siguiente, Leo miró debajo de su almohada y encontró dinero. Mamá dijo:

—El hada de los dientes vio tu nota, Leo.

Él puso el dinero en su alcancía.

Lola miró bajo su almohada, encontró un cepillo de dientes rosa. Su madre dijo:

—El hada debe querer que cuides tus dientes, Lola —ella se lavó los dientes muy fuerte, esperando se soltara uno.

Luis miró bajo su almohada, pero no encontró dinero ni un cepillo de dientes, encontró una nota del Hada. Decía que había encontrado un diente bajo su almohada, pero no estaba segura que fuera de él, tal vez el detector mentía, sin embargo regresaría cuando realmente él perdiera un diente.

Luis se puso muy triste, porque no recibió dinero, sino sólo una nota. Antes de partir a la escuela, su madre preguntó:

—¿Por qué te pones así?, no recuerdo que mencionaras que se te iba a caer un diente, ni siquiera dijiste algo de que tuvieras uno flojo o te doliera para comer, ¿acaso quieres engañar a alguien para obtener un beneficio?

En el recreo, Leo les contó sobre la nota puesta debajo de su almohada. Luis dudaba si les decía a todos sobre el diente encontrado en el recreo, no vio venir la pelota, y ésta le golpeó justo en la cara.

Luis comenzó a llorar, pero luego sintió algo dentro de su boca.

—Mi diente está suelto —gritó.

—Siiii... —dijeron todos— Bienvenido al club, ya tienes tu propia ventana, ahora ya podrás dejarle una nota al hada para que te visite en tu casa.

Herbi, una aventura en búsqueda de emociones

Óscar Daniel Torres Morales

10 años / Madero, Tamaulipas

Érase una vez un planeta pequeño y muy muy lejano donde habitaba una raza de humanoides denominados “Los Inertes”. Este sobrenombre se lo había ganado a pulso ya que durante décadas y décadas se les había conocido por no tener emociones. Esta raza de humanoides no amaba, no se alegraban, no lloraban debido a que no conocían la tristeza, es decir, eran totalmente insensibles al punto de no conocer lo que era la amistad.

Sin embargo, un buen día, un pequeño humanoide llamado Herbi, al realizar una caminata por la mañana, encontró un libro de origen terrestre en su planeta y se interesó por interpretar los mensajes que ese misterioso libro le podría revelar.

Este libro terrestre se llamaba “Las emociones del ser humano”, y en él se detallaban todas las emociones que un ser humano normal suele

experimentar a lo largo de su vida. Para Herbi fue haber encontrado información valiosa que le ayudó a emprender una búsqueda maravillosa a lo largo de la galaxia para llegar al planeta llamado Tierra, y entender todas estas emociones que los seres humanos experimentaban, ya que, para él y su raza, resultaban totalmente desconocidas.

Al día siguiente por la mañana, preparó víveres y tomó prestada una pequeña nave galáctica que su papá tenía y zarpó en una aventura a lo largo de la galaxia. Finalmente, después de unos días de viaje, Herbi logró su cometido, llegó al tercer planeta del sistema solar llamado Tierra.

Al momento de llegar, se encontró con un planeta hermoso, lleno de parajes maravillosos, con vegetación y animales diferentes a todo lo que él conocía. Herbi empezó a sentir algo extraño que emanaba de su interior, era una sensación extraña y desconocida pero maravillosa en sí, un sentimiento que le llevaba a abrir sus ojos y su boca al máximo por todo lo que veía; volviendo a recordar que traía consigo el libro (origen de su búsqueda) lo abrió y trató de ubicar e identificar si esto era alguna de las emociones de las que él había tenido.

Para su buena fortuna, él encontró en el libro que la primera emoción que conoció se trataba del ASOMBRO. Herbi, de la mano con el asombro, sintió la necesidad de seguir buscando, de seguir conociendo más y más de este interesante planeta llamado Tierra; sin darse cuenta, Herbi estaba experimentando otra emoción que se llamaba CURIOSIDAD.

Herbi seguía recorriendo el nuevo planeta, dibujando lo que encontraba a su paso para guardar recuerdo de todo lo que sus ojos estaban

conociendo y experimentando. En ese recorrido llegó a una granja de una familia de la Tierra. Sin dudarlo ni pensarlo, Herbi entró a la granja y tuvo su primer acercamiento con un niño terrestre de aproximadamente dos años. El pequeño sin dudar y sin mostrar temor alguno de Herbi, se acercó y lo abrazó, mostrando a Herbi dos nuevas emociones que inundaron su corazón, estas emociones son el AMOR y la ALEGRÍA. Fue tal la experiencia de nuestro amigo extraterrestre que sucedió algo totalmente inesperado para él.

—¿Qué me está pasando?... Al parecer tengo una fuga de líquido por mis ojos... ¿acaso estoy defectuoso?... —dijo Herbi

Sin embargo, tratando de encontrar sentido a lo que estaba experimentando, Herbi volvió a revisar el libro de emociones y encontró que en raras ocasiones, cuando una persona experimenta el amor y la alegría en un grado tan intenso y maravilloso, estas suelen venir acompañadas de lo que se conocen en la Tierra como “lágrimas”.

Herbi no daba crédito a lo que estaba pasando, más que su raza extraterrestre no sabía y no experimentaba estas emociones en su planeta. Para él, era una gran historia y enseñanza por transmitir para su familia y amigos de su planeta.

Pasaban las horas y Herbi seguía experimentando sentimientos, cada uno maravilloso e intenso, tan sublime que en muchas ocasiones no encontraba palabras para describirlo apropiadamente. De repente, Herbi empieza a notar que la luz natural del día empieza a cambiar, que donde había luz ahora comienza a haber sombras. Herbi entiende que ha llegado

el momento de emprender el regreso a casa, que la visita a este maravilloso planeta debe concluir, sin embargo, antes de partir observa al horizonte y es testigo de cómo un astro tan majestuoso como el Sol está muriendo porque las sombras comienzan a ganarle terreno. Es tan impactante esta imagen que de nuevo Herbi experimenta las “fugas” en sus ojos, pero esta vez esta fuga no está asociada con alegría o amor sino con la TRISTEZA.

Herbi ya en su nave espacial, listo para regresar a casa comienza a hacer recuento de todas las emociones vividas en un solo día y en tan pocos instantes; pasó del ASOMBRO a la TRISTEZA, sintiendo también AMOR y ALEGRÍA, pero sobre todo una constante CURIOSIDAD que representaba el motor para seguir adelante en toda esta aventura galáctica.

Finalmente Herbi regresó a casa con su familia y amigos. Les platicó sobre todo la maravillosa que fue su aventura en la Tierra. Les platicó de tal manera que esta raza humanoide experimentó a través de Herbi cada una de las emociones antes mencionadas... finalmente y aunque no entendía esta peculiar raza de extraterrestres conocida como “Los Inertes”, cómo funcionaban o cómo podían controlar estas emociones. Entendió que cada una de ellas daba un particular y especial sentido a la vida, que la vida es distinta que cuando existen las emociones no deben ser eliminadas de la vida, más bien debemos controlarlas y sacar lo mejor de cada una de ellas. A partir de ese día, “Los Inertes” dejaron de ser llamados así, ya que comenzaron a experimentar emociones en su vida.

Santiago, el beisbolista

Ramiro Sánchez Reyna

11 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Santiago es un niño que nació en Guanajuato, lugar de México de costumbres muy arraigadas, donde la gente tiene muchas costumbres típicas del lugar; como poner altar el día de muertos, festejar a lo grande la fecha conmemorativa de la Independencia (no por nada se dice que es la cuna de la Independencia), hacer posadas con los vecinos cada diciembre, entre otras. Pero había una muy particular, a la gente de Guanajuato les gustaba ver y jugar futbol. El papá de Santiago fue futbolista profesional por lo que desde muy pequeño él tomaba clases con su papá y la verdad era bueno, sólo que en ocasiones sentía que a pesar de ser muy bueno en ese deporte había algo que no lo hacía sentir feliz, pero Santiago no sabía qué lo ponía así, pero no era el futbol.

Un día viendo en su ciudad un torneo de béisbol, deporte que él ni conocía, su amigo Mateo le dijo:

—Santiago, un primo mío viene a la ciudad a un torneo de béisbol, ¿me acompañas a verlo?

A Santiago no le llamaba mucho la atención por lo que le dijo:

—No Mateo paso, prefiero quedarme en la casa viendo videojuegos.

Mateo insistió:

—Vamos Santi, eres mi mejor amigo, acompáñame, no quiero ir solo, además si vas conmigo cuando termine te invito a comernos una nieve.

Una nieve es algo difícil de resistir, así que Santiago aceptó.

Una vez que llegaron al campo y empezaron a ver los juegos, Santiago quedó maravillado con el juego, la forma en que cada quien esperaba su turno y tenía las oportunidades para batear y meter carreras, como los que estaban en el campo se coordinaban para dejar fuera a los otros jugadores, fue tanta su atención y emoción que se le olvidó la nieve.

Y de pronto lo supo: ¡quería ser beisbolista!

Llegó a su casa corriendo emocionado y dijo:

—¡Papá, mamá! Vengan rápido.

Asustados los papás, pensando que algo le había ocurrido llegaron apresurados.

—¿Qué pasa hijo, por qué tanto alboroto? —dijo su mamá.

—¡Quiero ser beisbolista! —dijo Santiago.

Los papás de Santiago se quedaron mudos, nunca habían pensado que su hijo jugara otra cosa que no fuera el futbol, a eso se dedicaba su papá y también ese era su trabajo.

—¡El béisbol no es deporte para ti! —dijo el papá en tono molesto.

—Pero papá...

—No hijo, y es el fin de la discusión.

Santiago se fue llorando a su cuarto pero después se quedó pensando que tal vez su papá tenía razón, el futbol era lo que les daba para vivir y aparte era algo que sabía hacer bien.

Los días siguientes Santiago siguió yendo con su papá a los entrenamientos y a pesar de que cada día era mejor no se sentía alegre. No festejaba cuando metía goles o ganaba partidos. Su papá se dio cuenta de eso y al finalizar un entrenamiento, le dijo:

—Hijo mío, me doy cuenta de que estás triste, y eso me pone triste a mí, si quieres ir a entrenar otro deporte yo te voy a apoyar.

Santiago abrazó a su papá con mucha emoción y salió rápido a buscar un equipo.

El día de la primera práctica llegó muy confiado. ¿Qué tan difícil puede ser? Llevo mucho tiempo practicando deporte, sé que puedo hacerlo, pensó.

Sin embargo no fue tan fácil como se veía. Mirar la bola cuando se acercaba era casi imposible, había que medirla y luego cuando por fin le pegaba tenía que correr con todas sus ganas para llegar a las bases y anotar una carrera. Usar el guante fue otro reto para él pues tenía que

buscar atrapar las pelotas que venían rápidamente, las primeras ocasiones hasta se quitaba cuando las pelotas iban hacia él.

Al principio fue muy difícil para él aprender, incluso un día cansado y sin ganas decidió renunciar.

—Santiago, ya es hora de tu entrenamiento —dijo su mamá.

—No iré, es muy difícil y creo que nunca voy a aprender, es más ya no me gusta.

—Hijo, sólo dime una cosa, no vas porque es difícil o no vas porque no te gusta.

—Si me gusta mamá, pero no puedo hacer las cosas que hacen mis compañeros.

La mamá de Santiago le dio el consejo más importante de su vida hasta ese momento.

—Hijo, no es la fuerza lo que hace que el agua venza a la roca, es la constancia, si entrenas duro y constante un día podrás ser de los mejores, además lo principal es que te guste y seas feliz.

Santiago al principio no entendía pero se dedicó a entrenar todos los días, dejó a un lado fiestas de cumpleaños, idas al cine y alguna que otra salida con sus amigos, él se había puesto una meta, y la iba a cumplir.

Con el tiempo y la constancia Santiago se volvió uno de los mejores jugadores no sólo de la ciudad, sino de todo México, tanto que llegó a jugar en un equipo de béisbol profesional.

Sus papás lo acompañaron y fueron muy felices de ver que todo su esfuerzo rendía frutos.

El sueño de Eiza

Anna Cecilia Hernández Flores

Ciudad Victoria, Tamaulipas

En un reino lejano, había un bosque encantado donde vivía un hada mágica, capaz de convertir los sueños en realidad, era un misterio para todas las personas pues nadie la había visto jamás, pero contaban los ancianos del pueblo historias acerca de ella y lo poderosa que era, algunos la habían buscado para tener poder, gloria, oro, belleza y muchas cosas más, pero nunca habían vuelto, jamás se volvió a saber de esas personas.

En el pueblo cercano al bosque vivía una joven madre con su pequeña hija Eiza, una niña de cinco años, que había nacido ciega. Ella era muy feliz, pues su madre le había educado para enfrentar sus problemas, tenía un perro guía, un labrador blanco llamado Cosmo, era su mejor amigo, siempre la guiaba a todas partes, pero en la escuela la maestra no le agradaba que entrara Cosmo al salón, por lo que siempre

tenía que esperar afuera, los niños eran un poco abusivos con Eiza, le hacían muchas travesuras para que se tropezara, le escondían sus libros especiales y se reían siempre de la niña ciega.

Un día, Eiza le dijo a su mamá que ya no quería ir a la escuela, que prefería quedarse en casa y ayudarla en los quehaceres. Su madre le preguntó:

—¿Qué pasa Eiza?

Y ella le contó que los niños se reían de ella, que sentía que había mucha maldad en la gente, que molestaba su presencia en muchos lugares.

La madre de Eiza fue a hablar con su profesora, pero esta le contestó:

—Mire señora, yo creo que lo mejor es que Eiza no venga a la escuela debido a su problema de la vista, es mejor que usted le enseñe en casa.

La madre de Eiza le respondió:

—¿Problema?, no sé a qué se refiere, que no utilice ella los ojos no significa que no vea.

Salió muy molesta de la escuela y al llegar a casa vio a Eiza muy triste, ya no quería comer, ni salir, ni jugar, ya no quería vivir; entonces su madre decidió llevarla al bosque a buscar al hada que hacía los sueños realidad.

Muy temprano salieron, los vecinos murmuraban, aún era de madrugada, tenían la esperanza de encontrar al hada y regresar ese mismo

día, si es que regresaban, ya que nadie nunca jamás había vuelto, pero prefería no volver, que ver a su hija tan triste y sin ganas de vivir.

Llegó la noche y no la encontraron, decidieron acampar ya que no veían el camino por tanta oscuridad. Tenían mucho miedo, se escuchaban los lobos aullando a lo lejos, el sonido de las lechuzas, el croar de las ranas; pero el cansancio las venció y se quedaron dormidas, y a la mañana siguiente continuaron su búsqueda.

Pasaron varios días y pensaron en volver, Eiza le dijo a su madre:

—Mamá, volvamos a casa, no tienes que seguir buscando, quizá no existe el hada de los sueños.

De pronto una luz apareció, como un rayo en la tormenta, era ella, el hada, hermosa y luminosa, vestida de blanco con alas brillantes y muy grandes.

—Hola Eiza —dijo el hada—, ¿me buscabas?

Eiza estaba un poco asustada, pero no tanto como su madre que sólo esperaba el momento en que las matara a las dos.

—Hola hada de los sueños, te hemos buscado por días enteros y creía que no eras real, pero “veo” que me he equivocado, dijo Eiza.

En ese momento el hada se le acercó a Eiza y la tomó en sus brazos y le dijo:

—Eiza, si tienes un sueño yo te lo puedo convertir en realidad, pero no te confundas con los deseos, ya que ellos vienen con un precio que siempre hay que pagar.

Eiza le respondió:

—Sí, está bien, puedes tomar de mí lo que quieras, de cualquier forma no tengo mucho que darte.

—Y dime entonces Eiza, cuál es tu sueño más anhelado, lo que más deseas en tu corazón, aquello por lo que darías lo que fuera —dijo el hada.

Eiza se acercó a su oído y en un susurro le dijo su sueño, el hada le respondió también en su oído, despacio sin que nadie más escuchara, y entonces la luz resplandeció nuevamente, segando por completo a la madre de Eiza y desapareció el hada, ya no estaba, se había ido, así como llegó se fue.

Días después Eiza y su madre volvieron al pueblo, todos estaban asombrados de verlas volver, eran las primeras personas que volvían después de ir a buscar al hada. Nadie creía lo que veía, ¿qué había pasado?, ¿cómo le hicieron para volver?, ¿cómo es el hada?, ¿por qué a ellas sí las dejó volver el hada?, ¿cuál fue su sueño?, ¿se hizo realidad?, ¿dónde estaban los demás? Muchas, muchas preguntas, todos hablaban al mismo tiempo, Eiza estaba muy asustada por toda la multitud.

—Mamá, maaaaá —gritaba Eiza—, vamos a casa —su madre al verla la tomó en sus brazos y se fueron a casa.

Todos en el pueblo se quedaron sin saber qué había pasado. Don Pedro, el panadero, decía:

—Pues riqueza no le pidieron pues que siguen viviendo en su pequeña casita. Nadie sabía qué le habían pedido ni por qué habían vuelto.

Mientras tanto Eiza y su madre guardaban su pequeño secreto como un tesoro, pasaron los días y Eiza no salía de su casa, la gente ya no podía con la curiosidad, así es que convencieron al comisario del pueblo para que detuviera a la madre de Eiza hasta que ella confesara qué había pasado en el bosque y si sabía algo de los desaparecidos.

Toc, toc, toc, tocaron a la puerta de la casa de Eiza y su madre.

—Dígame comisario —dijo la madre de Eiza al abrir la puerta—, ¿qué se le ofrece?

—Pues tendrá que acompañarme a la comisaría a dar su declaración de lo ocurrido, ya que necesitamos saber lo que ocurrió —dijo el comisario. Y se llevó detenida a la señora.

Mientras, Eiza seguía en la casa, escondida de la gente, sin saber qué hacer, no sabía si buscar a su mamá, decir lo que pasó o quedarse callada.

Al ver que su mamá no volvía decidió ir a buscarla y contar lo sucedido.

Salió al lado de su fiel e inseparable compañero Cosmo, se dirigieron a la comisaría, y al llegar todo el pueblo estaba esperándola para escuchar todo lo que tenía que decir.

—¡Eiza!, gritó su mamá, no tienes que decir nada, esto se trata de tus sueños, y son sólo tuyos.

—No te preocupes mamá —dijo Eiza—, no hay nada de malo en lo sucedido, les contaré lo que pasó.

Y así empezó a contar Eiza cómo apareció el hada con su resplandeciente luz y lo hermosa que era.

—Pero qué le pediste —interrumpió Fulgencio el herrero.

—Bueno —dijo Eiza—, sólo le dije que mi sueño más grande era ver lo que los demás no podían ver.

—Jajajajajaja —reía todo el pueblo a carcajadas—, pero si estás ciega —le gritaban—, ¿cómo vas a ver? jajajajajajajajaja.

—Bueno —dijo Eiza—, el hada me dijo que no confundiera los sueños con deseos, ya que las personas suelen hacerlo y los deseos se pagan muy caros, como a don Pascual que fue a pedirle tener mucha riqueza y el hada le dijo que la riqueza no es un sueño, sino un deseo, ya que los deseos se forman del interés por poseer algo y el costo fue muy alto, le dio toda la riqueza que había pedido y a cambio el hada le quitó toda la avaricia que había en su corazón.

Entonces, don Pascual se transformó en el hombre más bondadoso y repartió toda su fortuna y riqueza en un pueblo alejado donde todos tenían hambre, y se volvió el hombre más pobre porque se quedó sin nada, pero también el más rico porque había conseguido ser muy amado por muchos, por eso no volvió, ahora vive allá.

Todos estaban callados y muy pensativos, luego dijo Eiza:

—También está la joven Tamara, que fue a buscar al hada para pedirle belleza, el hada se la otorgó y le cobró quitándole la vanidad, entonces a ella le dejó de importar las apariencias y empezó a ver el interior de las personas, decidió irse a vivir al monasterio donde atendían a jóvenes

desfigurados por las guerras. Ahí conoció a un hombre que había quedado ciego a causa de una explosión, se enamoraron y se casaron, él nunca ha podido ver la belleza física de Tamara, pero puede ver la belleza interior.

Y así siguió platicando Eiza de todas las personas que habían ido con el hada y sus destinos.

—Yo no pedí un deseo, porque cuando lo obtienes ya no te satisface, después quieres otro y otro, es por eso que el hada los cobra quitando el mal que los origina —dijo Eiza—, yo pedí un sueño porque ellos no se obtienen, los sueños se viven, se hacen realidad día a día.

Y de esta forma Eiza hizo realidad su más grande sueño, poder ver lo que los demás no veían, es decir, podía ver en doña Juana la calidez de su voz cuando hablaba con los niños, podía ver en su fiel compañero Cosmo la lealtad y el amor, en su compañerito de clases Martín veía la tristeza de no tener una madre, quizá por eso la molestaba, en su maestra veía la angustia de tener un esposo alcohólico, y así veía en todos los valores y defectos, y de esta forma comprendió que las personas la mayor parte del tiempo no actúan por maldad, sino por sus experiencias de vida que los han llevado a ser de cierta forma.

Eiza vivió muy feliz desde ese momento y se dio cuenta que el actuar de una persona siempre tiene consigo algo detrás que ignoramos, pero que si queremos podemos transformar los deseos en sueños con solo quitar el mal que los origina, todos podemos ser hadas que transforman los sueños en realidad.

Y vivieron muy felices para siempre.

El viaje de Juan

Francisco Javier Guerrero Degollado

11 años / Ej. Cruz y Carmen, Mpio. de Hidalgo, Tamaulipas

Había una vez un niño pequeño llamado Juan, con muchas ganas de conocer todas las cosas, su deseo más grande era que quería recorrer el mundo por completo, y pensando y pensando no sabía cómo. Él platicó con sus papás mucho tiempo de lo que quería hacer, hasta que los convenció para que le dieran permiso de hacerlo. Ellos lo ayudaron mucho para que pudiera hacer lo que quería, así que se puso a hacer un barco, pero no funcionó. Siguió intentándolo e intentándolo una y otra vez pero no funcionaba, lo intentó por última vez, lo estaba haciendo muy bien y lo siguió construyendo, pasaron muchos días, semanas e incluso meses, ¡por fin lo construyó!

En la siguiente semana se dedicó a juntar muchas cosas de comida que duraran mucho tiempo y por fin se fue a conocer el mundo entero. Pasó primero por la capital de su estado y al verlo muchas personas se

sorprendían de lo que había hecho y unos amigos de él también querían conocer el mundo, aprovecharon y se fueron con él, pero antes le tenían que pedir permiso a sus papás porque todavía eran niños, tardaron varios días para convencerlos pero por fin sí les dieron permiso, ¡Juan ya era el capitán!, él estaba feliz ya que a pesar de ser el más pequeño en comparación de los otros, era el capitán.

Antes de irse todos juntos fueron a una biblioteca por unos libros para leerlos, saber qué hay en cada país y como hablan. Se llevaron de todo tipo de libros para el barco, así se fueron a recorrer el mundo. En lo que tardaban para llegar al otro país se la pasaban estudiando una y otra vez cada libro, así llegaron al siguiente país. En él duraron cinco días conociendo muchas cosas que no venían en los libros, pero estaban muy bonitas.

Se fueron a visitar al siguiente país otra vez por varios días, navegando se pusieron a estudiar, lo primero era el lenguaje para entender lo que decían, también en este país pasaron semanas hasta un mes, porque había muchas cosas interesantes y muy bonitas.

Siguiendo con el viaje, en lo que llegaron al siguiente país estudiando en los libros que decían algo del país al que llegarían. Al fin llegaron y en él se quedaron solamente tres días porque aunque tenía muchas cosas bonitas, no entendían muy bien el lenguaje de ese país, pero conocieron muchos animales, que algunos solamente los habían visto en los zoológicos, como el tigre, jaguar, coyote, víbora negra, manatí y cocodrilo, después se fueron de ese país.

Subieron al barco, estaban estudiando lo del país que seguía de visitar, pero el barco se estrelló en unas rocas salientes en el mar y después de un día en el cual estuvieron queriendo arreglarlo, llegaron a orillas de una selva tropical y ahí se bajaron del barco muy lastimado. Les gustó mucho porque había mucha fruta que comer, pero también había muchos changos, gorilas, panteras, leones, tortugas, pájaros y de todos los animales del mundo. En ése lugar se quedaron mucho tiempo, años.

Para sobrevivir pescaban y cazaban, pero su enemigo al que le tenían más miedo era a los tigres porque son muy peligrosos, más el tigre de dientes de sable, para ellos era un peligro donde estaban, pero como quiera les gustaba estar ahí. Les gustaban los alimentos que ahí hay. Pasó el tiempo y se cansaron de esa vida por eso después de algunos años empezaron a armar el barco más fuerte para salir de ahí.

Crecieron en esa selva. Ya siendo grandes reforzaron el barco para que aguantara más y poder salir de ahí, buscaron palos grandes secos, lianas resistentes, partes del barco y por fin terminaron de armarlo de nuevo, ¡y por fin regresar a casa!

Pero no contaban que en el camino se encontraron con muchos tiburones que querían comérselos a todos y derrumbar el barco, pero apareció un grupo grande de delfines y los espantaron, porque ellos se acordaron que en los libros que leyeron decía que los delfines eran buenos con la gente.

Así siguieron su camino a casa pero se pusieron a platicar una noche que iban en el barco y uno de ellos no querían regresar a casa con

sus papás y con sus hermanos; pero Juan ya quería regresar a su casa, por fin llegaron al segundo país antes de llegar a casa de Juan, ahí conocieron muchas cosas y animales muy bonitos, algunos de ellos se querían quedar ahí en ese lugar. Tardaron un mes en conocer todo eso tan bonito, después duraron cuatro días y cuatro noches, al fin llegaron al primer país para llegar al de Juan y de sus amigos, en éste lugar casi no duraron porque ya conocían algunas cosas y eran muy parecidas a las de su país.

Este era el último país que hacía falta pasar para llegar a la casa de Juan. De ahí se los llevaron a todos en avión y dejaron el barco; al fin llegaron a su casa todos felices por la aventura de conocer el mundo. Ya eran adultos cuando llegaron a sus casas.

Después, ellos iban a los parques a platicar con toda la gente de los países que conocieron. ¿Cómo eran? ¿Qué cosas bonitas vieron?, pero como quiera les decían que no hay nada más bonito que estar con su familia.

Un corazón humilde

Marely Lizbeth Blanco Castillo

11 años / Ej. Cruz y Carmen, Mpio. de Hidalgo, Tamaulipas

María era una niña muy inteligente y humilde, ella soñaba con tener su propia biblioteca. Iba casa por casa recogiendo libros viejos pues todas las personas que conocían a María sabían que a ella le encantaba leer, pero un día se reunieron todos los compañeros de la escuela y le empezaron a decir que ella nunca tendría su propia biblioteca; ella no podía seguir escuchando lo que le decían sus compañeros, así que se fue corriendo a su casa.

Cuando llegó su papá, le preguntó:

—¿Qué te pasa hija? —María le contó todo lo que le habían dicho sus compañeros y su papá le dijo—, hija confía en ti misma y verás que tu sueño se hará realidad, ¡yo te voy a ayudar!

Al día siguiente María y su papá recorrieron toda la ciudad buscando una casa que pudiera tener un espacio para su propia biblioteca,

pero las casas estaban carísimas y su papá no tenía suficiente dinero para pagar un local para cumplir con el sueño de su hija, María estaba muy triste y su papá también.

Días después su papá había salido sin avisarle a su hija y ella estaba muy preocupada pues ya era muy noche y su papá no llegaba a su casa. Lo que no sabía María era que desgraciadamente su papá estaba robando para poder conseguir el dinero y pagar un lugar para instalar la biblioteca de su hija, pero lo que no se dio cuenta era que alguien lo estaba viendo, era el hijo del dueño de esa casa que estaba robando, un niño que estaba en silla de ruedas porque no podía caminar.

En ese momento el papá de María se dio cuenta que lo estaban observando y se puso nervioso, no sabía qué hacer, entonces el niño con voz dulce y tranquila le dijo:

—Hola, me llamo Pablo, no voy a hacer nada, sólo quiero saber por qué nos está robando.

El señor le contó toda la situación por la que estaba pasando con el sueño de su hija. Entonces Pablo le dijo:

—Yo lo puedo ayudar.

Él sonrió y le dijo:

—¡Muchas gracias niño eres muy amable!, pero, ¿de qué manera me ayudarías? —entonces Pablo sacó de un cajón del escritorio de su papá dinero que ahí tenían guardado, el papá de María lo tomó y se fue muy feliz; al llegar con su hija le contó todo y ella se puso también muy feliz.

Al día siguiente se enteraron que el niño Pablo estaba muy grave y no tenían el dinero para su atención médica en un hospital. Entonces María con su buen corazón no le importó cumplir su sueño y llevó el dinero para pagar los gastos de la atención a Pablito, quien al poco tiempo ya se estaba recuperando.

Al paso de los años y con muchos esfuerzos, María con la ayuda de su papá y obteniendo el dinero de manera limpia, pudo realizar su sueño tan anhelado, ya tenía su propia biblioteca bien equipada y Pablo había cumplido también su sueño de poder caminar, y con muy buenos estudios se convirtió en un gran empresario y así siguió ayudando a María para hacer más grande y moderna su biblioteca.

El papá de María estaba muy orgulloso de su hija y de cómo aquel día tomó esa decisión tan importante para ayudar a Pablito, por eso desde ese tiempo y hasta la fecha viven muy felices.

Todas las tardes, María en su nueva biblioteca de manera gratuita reúne a muchos niños que son muy humildes y no tienen para pagar un libro. Les da pláticas de superación, así como también a enseñarles lo importante que es leer para tener una mejor calidad de vida y que nunca renuncien a sus más grandes sueños.

Pablo ayuda a componer los libros que se maltratan, les recomienda a los niños que traten bien a los libros, que son sus amigos porque de ahí aprenderán a ser mejores, que pueden consultar cuentos, recetas, inventos y conocer el mundo por las fotografías que tienen los libros.

Finalmente después de varios años y luego de convivir y compartir muchas cosas buenas y malas, Pablo le pidió a María que se casara con él para vivir juntos el resto de sus vidas. La boda fue en la biblioteca que con tantos esfuerzos lograron tener, juntos hicieron que la biblioteca fuera un lugar como mágico, donde los libros saltan, se acomodan, tienen muchos cuentos y computadoras que todos los niños pueden usar.

Desde entonces María, su papá, Pablo y sus hijos viven muy felices atendiendo a todos esos niños humildes, en ese lugar de cultura que con tantos sacrificios construyeron.

El venado

Pedro Margarito Castillo Gallegos

11 años / Ej. San Juan del Salto, Mpio. de Hidalgo, Tamaulipas

Érase una vez un señor que se llamaba Lorenzo y siempre andaba de cacería de allá para acá por el monte. Cierta día iba caminando tranquilamente cuando de repente se encontró un venado pequeño y al querer agarrarlo el venadito corrió, el señor se tropezó cayéndose en un pozo poco profundo, entonces llegó don Julio y sacó a Lorenzo de inmediato del pozo, en seguida entre los dos lograron atrapar al venadito y se lo llevaron para su casa, como era pequeño lo empezaron a criar, se lo arrimaron a una cabra para que lo amamantara y así con el tiempo creció y se convirtió en un gran venado hermoso y con unos grandes cuernos de tres puntas poniéndole por nombre Chacho.

A Chacho lo querían mucho, cada vez que le hablaban por su nombre para darle de comer él hacía caso de inmediato. Llegaba gente de diferentes lugares a tomarse fotos con él, los niños lo acariciaban y

el Chacho se les echaba encima porque los desconocía, solamente el dueño don Lorenzo se le podía acercar y acariciarlo.

Cierto día, Chacho saltó las trancas del corral donde vivía sin que don Lorenzo se diera cuenta, se metió a los solares de los vecinos y correteaba a la gente quienes empezaron a gritar, fue entonces que salió el dueño, lo llamó por su nombre y el venado le hizo caso, tomándolo, amarrándolo de nuevo y encerrándolo en el corral.

Por esos días se acercaba la temporada de cacería, era cuando Chacho se hacía más bravo y entonces su dueño no dejaba que se le acercaran porque era muy peligroso, ya que podía cornearlos y patearlos. Chacho se tallaba los cuernos en los árboles porque en ese tiempo se le caían y le volvían a salir.

Era tan bonito que al dueño le ofrecían comprárselo, pero él no lo quería vender ya que lo había criado desde chiquito. A veces venían los niños, les causaba curiosidad y querían acercarse con él a jugar, pero Chacho empezaba a bufarles, asustándolos y provocando que salieran corriendo llorando de miedo porque el venado los quería manotear; entonces don Lorenzo les decía:

—Yo siempre les he dicho niños que no deben arrimarse porque el Chacho los puede alcanzar.

Un día vieron a los soldados que se dirigían rumbo al ejido donde vivía el señor Lorenzo, la gente corrió a avisarle para que fuera rápido a soltar al venado llamado Chacho, el señor andaba en el potrero, se montó en su caballo para llegar pronto al corral y soltarlo para que los

soldados no lo vieran y se lo llevaran. El venado se fue entre el monte, pasaron tres días y el dueño estaba muy triste porque no regresaba su venado.

Al día siguiente Chacho regresó y don Lorenzo se puso tan pero tan contento que les empezó a gritar a toda la gente vecina para que fueran a ver a su venado que había regresado, el señor se acercó para acariciarlo y lo volvió a apersogar; el venado brincaba y brincaba de emoción al ver que su dueño le llevaba de comer.

Así duraron muchos años conviviendo con la gente que seguía visitándolos para tomarse fotos para enseñarles a las demás personas que no creían que el señor tenía a un venado como mascota.

Con los años Chacho se hizo mansito, don Lorenzo lo soltaba en el potrero pero no se daba cuenta que se regresaba, se metía a los solares de los vecinos y se comía todas las plantas escarbando en la tierra, la gente lo espantaba, su dueño lo volvía a atrapar y se lo llevaba al potrero dejándolo ahí varios días suelto, luego iba por él llamándole por su nombre, él venado salía retozando de alegría porque su amo se dirigía hacia él, se lo llevaba para la casa a su venado llamado Chacho.

Entonces un día por la tarde el dueño se enfermó, llegó su hijo y se lo llevó para la ciudad, al hospital a curarlo, duró mucho tiempo ahí sin poder ver a Chacho, pero él siempre les encargaba a sus vecinos que fueran a ver a su venado que tanto quería, él sólo anhelaba verlo de nuevo aunque fuera una sola vez más. Entonces lo trajeron a su ejido

a verlo y él se puso muy contento, pero a la vez triste porque tenía que regresar a la ciudad.

Al poco tiempo don Lorenzo murió, entonces su hijo se hizo cargo del venado con mucho cariño, lo sacaba al monte, le hablaba con cariño, le daba su pasto preferido, pero al ver que no era su amado dueño, el que le daba de comer, el venado llamado Chacho dejó de corretear, de saltar.

Pasaba largo tiempo mirando al camino del ejido esperando a su dueño, poco a poco dejó de comer y la gente que iba a visitarlo trataba de alegrarlo, pero nada fue suficiente, el venado extrañaba mucho a su dueño, al poco tiempo, Chacho, el famoso venado también de tristeza murió.

Nunca más se ha sabido que otro venado quiera ser mascota de alguien, ellos son libres, atentos a cualquier ruido, viven en el monte, de repente se ve acercarse a las casas a algún venado pero no debemos asustarlos.

A veces se acerca una cría de venado. Quién sabe, quizá algún día vuelva un Chachito a casa.

Felicidad

Lissy Jiménez Guajardo

13 años / Reynosa, Tamaulipas

Querido diario, hoy fue un día INCREÍBLE. Ha sido el mejor cumpleaños de todos. Ojalá hubiera conocido a mi papá desde mucho antes. Nunca pensé que sería tan divertido estar con él, todos los días son divertidos. Ya quiero ver qué es lo que me espera mañana.

Eso fue lo último que la pequeña Fel (Felicidad) escribió en su cuaderno que usaba como diario. Esa niñita de ocho años cambió mi vida completamente.

Fel, llegó a mi vida repentinamente. Yo siempre fui un hombre de negocios, muy serio, y divorciado. Dejé a mi mujer hace ocho años, cuando me dijo que tendría un bebé. Desde entonces no me quise involucrar en su vida, y me separé de ella. Hasta un tiempo después, cuando mi vida iba perfecta. Una niña con cabello castaño y corto, un gorrito amarillo, con una mochila, una muñeca, toca a la puerta de mi departamento.

La pequeña estaba muy sucia y descuidada. Pronto descubro la sorpresa de que esa niña, era mi hija, la cual no quería ver jamás, ahora estaba frente a mí, en la puerta de mi hogar.

El señor Frank toma un suspiro, da la vuelta a la hoja que había preparado para ese momento y continúa. “Pronto me entero. Un señor con traje estaba detrás de la chiquilla. Me comenta una noticia que aceleró mi corazón. Mi exesposa Danna, había fallecido hace unos días. Dana vivía en un campo abierto, era amante de la naturaleza al igual que mi hija. Pero un día, la niña resbala y cae dentro de un acantilado, mi esposa logra sostenerla antes de que cayera, y al ponerla a salvo, Danna perdió el equilibrio y cayó en su lugar.

Los ojos de Frank se detuvieron por un momento, como si recordara esa escena, como si él hubiera estado ahí ese día en ese momento. “No me imagino lo que mi hija debió sentir en ese momento, era... era sólo una niña”. Secó sus lágrimas, tomó aire y siguió. Fel pasó a mis manos desde aquel día. ¿Qué iba a hacer yo con una chiquilla de ocho años? Estaba muy ocupado como para tomarle tiempo, además, ¿qué sabía yo de cuidar niños?

En ese entonces, iba bien en el trabajo, vivir solo me gustaba. Esa niña comenzó a invadir con alegría todos los rincones de la casa, y con juguetes también. Tomó muy a la ligera el hecho de ir a vivir con el padre que nunca tuvo a su lado, me dijo que lo veía como una nueva aventura.

Ella siempre tenía una sonrisa en la cara, y yo siempre la miré con ojos de fastidio. Ella sabía que yo no la quería. Lo sabía pero no lo demostraba con tristeza. Hasta que un día, encuentro ésta carta en su habitación. Frank saca una hoja arrugada de su bolsillo, la abre, al ver la letra escrita con los crayones de su pequeña, se le nubla la vista, pero retoma la firmeza y lee: *Papi, te quiero mucho, pero sé que no te caigo bien. No te culpo, tal vez no soy la mejor hija que pudiste tener, y no soy tan importante para ti. Así que para no darte problemas, regresaré al campo y me cuidaré solita. Te quiero mucho, espero que así puedas volver a ser feliz.*

En ese momento me sentí tan culpable, después de todo, era mi hija. Sin pensar en lo que hacía, salí a buscarla. Unos minutos después de salir del departamento la veo. Mi pequeña, acostada en medio de la carretera, con millones de personas a su alrededor. Intenté abrirme paso, y me di cuenta de lo sucedido; un auto golpeó a mi pequeña al cruzar la calle.

Debí saberlo desde un principio, viene del campo, no sabe cómo es la ciudad. Rápidamente llegó la ambulancia y todo pasó muy rápido. Fuimos al hospital, ella seguía inconsciente. Sentía dolor y culpa el verla así. Se detuvo de nuevo, suspiró. Entonces me dan la noticia; todo estaba bien, el impacto no había sido tan grande, pero para una niña de esa edad, había dejado sólo unos pocos huesos rotos. Lo malo, es que una doctora se me acerca preguntando si era el padre de Felicidad.

Con tristeza en los ojos me comunicó que al hacerle estudios, no sólo tenía huesos rotos, si no que le detectaron Licaviroxia-trak; una enfermedad que no tiene cura y va destruyendo tu vida sin que te des cuenta. Destruye tu organismo pero tú nunca sientes nada. La doctora me dijo que según los estudios mi hija no lograría vivir más allá de los diez años. Ahí comencé a reflexionar tantas cosas, si no podía curarla, al menos haría que sus días contados fueran los mejores de su vida.

El señor Frank cambió la hoja, corrió su vista hacia la mirada de la gente frente a él, y volvió su mirada a la lectura que había preparado. Desde ese entonces, cuando dieron de alta a mi hija, y salimos de ese hospital me sentí como el padre que nunca pude ser para ella. Comenzaba mi misión de hacerla feliz. Mi niña ya había pasado por muchas cosas, merece ser feliz de verdad, pensaba.

Desde ese entonces, cada día fue una aventura, fue diversión, fue alegría y de felicidad. Un día, la llevé a la feria, nos subimos a todos los juegos, en los cuales vomité. Sí, pero ella quería más y más y no le quería decir que no.

Otro día fue día de playa. Hicimos un castillo de arena, comimos helado de fresa, y le enseñé a nadar y surfear, ambos terminamos rojos como tomates, pues se me olvidó empacar el bloqueador solar, pero lo sufrimos, disfrutamos y pasamos juntos.

Un día me maquillé y salimos a hacer compras, ambos vestidos de princesas. Hicimos una jungla en la sala, ese mismo día fuimos al zoológico. Armamos una casa del árbol en el patio, comencé a faltar a

mi trabajo, pero no importaba. El día de su cumpleaños número nueve, decoré toda la casa como el país de las maravillas. Vimos la maratón de películas de Barbie, bailamos, reímos.

Cada día me encargaba que fuera mágico, y lamentablemente, como muchos sabrán, el día llegó y se fue con una sonrisa. Comenzó a llorar y a limpiarse las lágrimas de sus mejillas.

La extraño, sí, pero estoy satisfecho con lo que hice. Tal vez no pueda regresar en el tiempo para vivir con ella los ocho años que me perdí, pero sé que el tiempo que estuve con ella como padre, lo hice bien. Ella siempre fue feliz, a pesar de lo mal que le iba.

Ella me enseñó que tengo que disfrutar la vida, y ahora sé que está con su mamá; yo sé que un día la volveré a ver. Estoy muy agradecido con ella, los momentos que la tuve conmigo, aunque al principio no lo entendía, fueron los momentos más hermosos y libres de mi vida entera.

Hace poco encontré su diario, me di cuenta de que nunca pude quitar la preocupación de mis ojos, y ella lo veía muy claro. Ella sabía que algo pasaría, pero, al tener la inocencia de una niña, decidió disfrutar los momentos y tomar las oportunidades. Al final del cuaderno encontré algo escrito para mí. *Sonríe papá.*

Frank al leerlo en voz alta, cerró el cuaderno, sonriendo y llorando a la vez. Y eso es lo que haré, voy a sonreír. Ante todo, viviré a lo grande, disfrutaré de lo que tengo, aprendiendo del pasado y viendo hacia adelante.

Frank escuchó una voz de una niña:

—Papi, papi —Frank, acostado en su cama, abrió los ojos—. Mamá ya preparó el desayuno, ¿carreritas a la cocina? —Frank se puso de pie en pijamas y bostezó. Sonriendo abrazó a su hija y ambos corrieron a la cocina. Ahí se encontraba Danna, su esposa.

—Cariño, Fel te dije que no fueras a molestar a tu padre.

—Está bien —Frank sonrió.

Frank desayunó con su esposa e hija. Fue a su habitación, se sentó en el escritorio y comenzó a escribir. Felicidad, capítulo 1.

El jardín de don Remigio

Mayté Guadalupe Juárez Molina

12 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

En un gran jardín muy hermoso, vivían muchos árboles frondosos y bonitos. Habían de diferentes tamaños, altos, medianos y chicos. Gigantesco pinos, aromáticas orquídeas, lindas jacarandas, grandes palmeras y bonitos árboles frutales.

Todas las mañanas muy tempranito como de costumbre, don Remigio les daba un buen baño de agua bien fría, luego los podaba, arreglaba y los dejaba muy bonitos, y al final terminaba muy contento con sus plantas que tanto quería y cuidaba con mucho amor y cariño.

—Listos, a crecer se ha dicho —les decía. Los árboles se llevaban de maravilla, aunque de repente hubiera uno que otro problemilla entre ellos.

El cedro vivía quejándose todo el tiempo diciendo:

—Ya no aguanto tantos nidos de pajarracos, tengo un gran dolor en mis ramas.

—Ya no te quejes, ¡ánimo! —le decían el nogal y el ciruelo—; en cambio nosotros tenemos que aguantar y soportar todo el día, el caminar, el ir y venir de las simpáticas ardillas y el tremendo cosquilleo en nuestros tallos y ramas.

En una hermosa mañana de primavera, don Remis llegó con un nuevo habitante a su jardín, un lindo y bonito manzano chiquitín, era pequeñito.

La palmera al verlo se sorprendió y dijo:

—¡Qué hermoso está! —el manzanito, secándose de mucha sed pedía a gritos agua, agua por favor, levantando sus tiernas ramitas al sol.

Entró el verano, el manzanito ya había crecido, tenía retoños.

En el gran jardín vivían los chiflados naranjos y mandarinas, eran muy frondosos, se burlaban casi siempre del manzanito diciéndole que no tenía frutos y era muy chiquitín.

—No les hagas caso pequeño —le decía el antiguo y viejo pino—, no te preocupes, todo llega a su debido tiempo.

Lo peor y triste fue en otoño, ya que al manzanito le cambió el color de sus hojas, se le pusieran amarillas y feas, cayéndosele, ni una sola hoja le quedó en sus ramas. Quedando el manzano pelón, los naranjos, mandarinas y el guayabón, burlones muertos de la risa le gritaban al manzano, pelón, pelón pelonete cabeza de cuete. El manzanito empezó a llorar y llorar tanto que no sabía lo que estaba pasando. La jacaranda, el

ciprés y el mango, regañaron tanto a los burlones arbolillos viejos de los naranjos y mandarinas.

—No les hagan caso hijito, no saben lo que dicen esos arbolillos viejos —dijo la nacagua.

Llegó la estación del año más temible, el invierno, el manzanito estaba súper helado, sus ramitas congeladas titiritaban de frío por la noche. Cerca de él, el eucalipto con aroma a menta lo cobijaba para que no le diera gripe y tos, por las noches el manzanito se sentía feo, pelón y solo.

En una linda mañana por el mes de marzo, el arbolito empezó a sentir gran picazón y comezón en sus ramitas, cuando de pronto sin darse cuenta le brotaron diez hojitas con sus retoñitos.

Todos los árboles del jardín rieron contentos y felices de alegría, pues la primavera había llegado. Viva la primavera.

Desde entonces, aprendieron que hay que enfrentar con valor los cambios de cada año con año.

Implantando sueños

Luis Ángel Acuña Olvera

13 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Todo futbolista tiene un inicio, y todo empieza con un sueño, en la capital de Tamaulipas la mayoría de las personas toman el fútbol como un estilo de vida y una oportunidad de lograr sus más deseados sueños.

Un claro ejemplo es el de un chico llamado Marco con trece años de edad, que vivía con su familia a las afueras de la ciudad, en una casa humilde pero con un gran patio, el cual tarde tras tarde se convertía en el estadio más importante, en el cual Marco podía imaginarse siendo el futbolista más famoso del mundo.

Siempre soñó con ser un futbolista profesional, pero había un problema, Marco era un niño sordo mudo y por esto pensaba que no tendría oportunidad alguna, pero la vida le sonrió, un equipo europeo en búsqueda de futuras promesas estaría en la ciudad realizando pruebas a los

chicos de su edad. La mamá, al enterarse, corrió inmediatamente a su casa, y en lenguaje de señas con mucho entusiasmo le comentó a Marco la noticia, ella conocía su sueño.

Como Marco de verdad quería formar parte de aquel equipo, decidió que no le diría a su padre de aquella loca idea de intentarlo, ya que él supuso que le negaría la oportunidad de luchar por su sueño. No había tiempo que perder, se puso a trabajar mañana, tarde y noche, sin embargo, su mayor preocupación era que si los visores sabían que no era igual a los demás no lo admitirían en el equipo, su plan era ocultar su “problema”.

Por fin llegó el día, un mes de trabajo arduo para este momento que podría darle la vuelta a la vida de Marco. Jugó como ninguno, hizo lo inesperado, los visores quedaron sorprendidos con su talento, sin duda sería parte del equipo, uno de los visores le pidió sus datos para anotarlos en su libreta de seleccionados, en ese momento el visor se dio cuenta de que no era apto para jugar, su “problema” lo limitaría, todo el plan se había arruinado, su mamá había llegado tarde a recoger a Marco, lo encontró confundido con la situación, ya que no pudo lograr escuchar al visor, el sueño de Marco se había desmoronado.

Una semana después de aquel triste día, su madre le pidió que fuera a la tienda a comprar algunos alimentos, en el camino encontró un periódico; como a Marco le gustaba leer, lo recogió, pero nunca pensó que ahí estuviera la solución a su problema, era un implante coclear que sirve para tener una mejor audición, pero sólo había un pequeño

problema, el costo de este implante era de entre 70 y 100 mil pesos y el seguro era de 20 mil pesos anuales, por si sufre algún daño.

Marco le comentó con mucho entusiasmo mediante lenguaje de señas a su madre, pero la familia estaba pasando por una crisis económica, ya que con el cambio de gobierno muchas personas habían quedado sin trabajo, entre ellas el padre de Marco, la única fuente de ingresos era gracias a su mamá, pero no bastaba para poder comprar su implante, no había otra opción, si Marco quería de verdad esa cirugía tenía que conseguir el dinero por sí mismo, tomó la decisión de trabajar con su mamá después de la escuela, estaba dispuesto a trabajar día y noche para conseguir el dinero.

Pasó un año y Marco seguía trabajando sin descansar, hizo cálculos y se dio cuenta de que tendría que trabajar durante cinco años más para reunir el dinero necesario para el implante, se sentía abrumado por todo el trabajo que significaba.

Un día, Marco estaba caminando por la calle junto a su madre y de la nada se les acerca una persona, de alguna forma un periodista local se había enterado y le propuso contar su historia al mundo. Bastó una semana para que la historia estuviera lista en las portadas y redes sociales del periódico más importante de la ciudad. Una persona conmovida por la historia de Marco hizo una generosa donación de forma anónima, el monto era de cuarenta mil pesos, feliz por esta noticia sentía que su sueño cada vez estaba más cerca.

Las cosas no podían estar mejor, sin embargo, un día Marco y su mamá recibieron la devastadora noticia de que el papá había fallecido en un choque automovilístico, el padre de Marco había conseguido trabajo en otra ciudad cercana, no ganaba mucho pero era suficiente para mantener a su familia, él tenía que recorrer alrededor de 20 km diarios para llegar a su trabajo, en ese trayecto ocurrió el accidente, el ánimo de Marco iba en declive.

El funeral fue el momento más triste que Marco había vivido en su vida, entre llantos de amigos y familiares le prometió a su padre que seguiría luchando por el sueño que ambos compartían.

Los días transcurrieron sin novedad alguna, de pronto tocó a la puerta una persona la cual empezó a platicar con su mamá, ella le pidió a Marco que se fuera a su recámara para hablar a solas con aquella persona. Confundido por la actitud de su madre que entre alegría y llanto despedía a la persona después de una larga charla, le pregunta que quién era, la mamá le responde que era quien se encargaba de los seguros de vida, entre tristeza y felicidad le contó que su padre le había dejado un seguro de vida de 70 mil pesos. Días antes de su muerte como si supiera lo que iba a ocurrir, su padre había pagado un seguro de vida poniendo como único beneficiario a Marco.

Era el momento, con catorce años estaba en la edad ideal para luchar por su sueño, ya que sabía que después de los quince años era difícil ser un canterano en un equipo grande, entonces sólo tenía un año para prepararse para las siguientes pruebas, pero antes debía hacerse la cirugía.

Pasaron dos meses para que la cirugía se realizara con éxito, sólo faltaba que apareciera una oportunidad, pero antes Marco debía pasar los siguientes meses en cansadas terapias, pero el milagro ocurrió, había logrado escuchar y estaba aprendiendo a interpretar los sonidos y decir algunas palabras.

Al año siguiente ya con quince años de edad, física y mentalmente mejor preparado, se presenta la oportunidad nuevamente. Marco feliz acude a las pruebas, cuál sería su sorpresa que el mismo visor que dos años antes lo había rechazado era quien lo iba a poner a prueba. Nervioso pero a la vez fortalecido por todo lo que había pasado, inició las pruebas consiguiendo nuevamente la atención de los reclutadores.

El visor dio a conocer los nombres de los seleccionados en ese momento, puso a prueba a Marco porque sabía de su problema, su sorpresa fue grande cuando dijo su nombre y Marco inmediatamente se puso de pie para acudir al llamado, el visor pensó que alguien con esa disciplina y tenacidad tendría que estar en su equipo.

Marco tendría que viajar a Europa para presentarse en las fuerzas básicas del equipo de sus sueños, su mamá días antes de su viaje se había dado cuenta de que tenía cáncer terminal y sólo le quedaban unos años de vida; su esperanza era poder ver debutar a su hijo, por eso no le comentó nada al respecto a Marco para que no se preocupara y siguiera su carrera.

Pasaron los años y Marco aún no jugaba para el primer equipo y su mamá tenía miedo de no poder lograr ver a su hijo en televisión, pero

no se daba por vencida, ella tenía una meta y lo que aprendió de Marco era que nunca debes rendirte por algo que quieres en verdad, además hizo una promesa con su esposo de que si él faltaba, ella se aseguraría de que Marco lograra su sueño.

Marco estaba a punto de cumplir los 19 años y él sabía que si se seguía esforzando lograría ser el jugador más joven en debutar en la primera división con su equipo.

Después de un entrenamiento, su entrenador lo llamó y le dice que la selección Mexicana Sub-20 lo ha convocado para un partido de preparación, el cual se realizará el 16 de octubre en el estadio Marte R. Gómez en su ciudad natal.

Entre la felicidad de amigos y familiares Marco juega con la Selección Mexicana Sub-20 y fue pieza clave para que su equipo lograra el triunfo, su mamá no podía estar más orgullosa y feliz.

Su actuación le valió para ser considerado en el primer equipo en el club europeo. Por fin debuta y con su madre viéndolo desde las gradas, un excelente detalle de su club, cuando Marco pisa el terreno de juego piensa en todo lo que ha tenido que hacer para lograr su sueño, de ser uno de los grandes y convertirse en el jugador más joven en debutar en la historia del club. Jugó como cuando era sólo un niño, después de todo la vida había sido buena con Marco, aunque con la falta de su padre hoy cumplía su más anhelado sueño.

A los pocos meses Marco recibe la noticia de la muerte de su madre, ella había estado ocultando su enfermedad por el bien de su carrera, otro golpe duro en su vida pero sabía que tendría que salir adelante.

En memoria de sus padres, Marco crea la fundación “Implantando Sueños”, que apoya a niños y jóvenes con el mismo problema que él tuvo y es testimonio vivo de que cuando quieres algo de verdad, no importan los obstáculos para lograrlo.

Los años pasaron entre triunfos y derrotas. Marco tuvo una vida exitosa gracias a todo su esfuerzo y al sacrificio de sus padres. La vida lo regresaría a jugar con el equipo profesional de su ciudad natal, ahí se retiraría a los 32 años de edad.

Al término de su partido de despedida entre el ruido de la gente escucha una voz diciendo papá, y ve a un niño de cinco años corriendo a abrazarlo, en ese momento voltea al cielo y en lenguaje de señas dice: “Gracias papás”. Su vida era plena.

Jade Yolotzin

Loretta Martínez Calderón

12 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

—¿Nos cuentas una historia?, ándale, pero de amor, ¿sí? —preguntan Yetzali y Junnueth a su abuelo.

—Ta’bien, tráiganse una ikpali pa’ que se sienten —les dice el abuelo a sus nietas.

—No me regañes agüelo, pero..., qu’era ikpali? —le pregunta temerosa Xóchitl a su abuelo.

—¡Ay! niñas, ¿pos’ onde están cuando les enseño?, es silla en náhuatl, responde el abuelo suspirando con cansancio.

—Todo comenzó en el año 900... —empezaba a contar la historia el abuelo, cuando lo interrumpe Xóchitl.

—¿Pos’, desde cuando vives agüelo? —pregunta riéndose Xóchitl.

—Ya te habías tardado hija —agarrándole la cabeza a Xóchitl el abuelo le dice:—; como decía... En este Islote se creía bajaría una estrella preciosa como un jade; sí, se dice fue hermosa.

En esos tiempos el emperador y una mexica tuvieron un hijo, Italivi era su nombre que significa Flor de Amor; le pusieron así porque fue un milagro, los dos con tanto amor lo esperaban después de años de intento.

Al otro lado de la ciudad de Tenochtitlan, una mujer con llanto despedía a su niña que había nacido muerta, su tristeza era inmensa; y que con el dolor del parto, salió de su jacal para hablar con los dioses, del por qué le quitaron a su hija. Cuando de pronto volteó al escuchar unos lloriqueos cerca de unos matorrales.

Se rumora era una niña envuelta entre telas de lino con ojos color jade, piel más tersa que el pétalo de la flor de cempaxúchitl.

La tomó entre sus brazos, la acarició con hambre de amor, viéndola con ojos de madre, le puso por nombre Jade Yolotzin, que significa Corazón de Jade, por el hermoso color de sus ojos, verdes como el jade.

Pasaron los años, y las criaturas crecieron separadas, pos' por aquello de que la nobleza con la nobleza nomás, aunque los dioses planeaban juntarlos en algún momento.

Como todos los días, Yolotzin y su madre madrugaban pa' empezar a trabajar en el cultivo de atzcalxóchitl, que es la Flor de Lirio en náhuatl. Ese mismo día el emperador y su hijo pasaron por ese prado. La madre de Italivi cumplía años y pos le querían regalar cuantos lirios pudiera. Mientras la madre de Yolotzin ayudaba al emperador con los lirios, Yolotzin estaba de espaldas a ellos arando la tierra, en lo que Italivi jugaba entre las flores, el menso se cayó con la labranza encima

de Yolotzin; ayudándola a levantarse se volvieron a caer y entre risas se presentaron, solo que Italivi no dijo que'ra al hijo del emperador.

En eso, Yolotzin dejó de trabajar para jugar con él. Cerca de ahí se encontraba un lugar llamado “Yelitza”, que significa puerta al cielo. Pos se dice es hermoso, que hasta su propio ecosistema tiene, y otro tipo de flores jamás vistas, dicen ahí vive Coyolxahuaqui, diosa de la luna, rodeada de majestuosas criaturas y magia.

Lo místico de ese lugar es que sólo se deja ver ante las almas gemelas. Entre juegos no se dieron cuenta que ya se habían metido ahí, pos que te diré, una amistad muy bella verdad, pos tenían aquellos chamacos.

Desde un principio los dioses tenían su mirada en ella. Mientras se acercaban al río que está cerca de la entrada de enredaderas que cuelgan desde un inmenso sauce pa' tomar agua, unas lucecillas empezaron a rodear a Yolotzin, cuando se alejaban de'lla, dejaron ver en el cuello un collar rete bonito con una piedra colgando, era un jade en forma de corazón.

En eso Xóchitl, exclama:

—¡Agüelo, su nombre significa su collar!

—Sí mija, que hermoso, ¿no?

Italivi se sorprende pos al ver todo eso, no le hace más caso por aquello que había pasado; los dos tomaron agua del río, y siguieron jugando.

El día en ese lugar parecía llegar a su fin, y saliendo de ahí vieron que no era así, pos parecía de noche, pero pasando por el túnel de enredaderas al otro lado en el prado era de día.

Se acercó Yolotzin disculpándose con su madre por dejar el trabajo y haberse tardado tanto, al igual Italivi se disculpó con su padre, estos se sorprendieron al escuchar cómo se disculpaban, pos' no entendían, pa' empezar sólo ellos sabían lo que habían pasado.

Al momento de despedirse los dos se prometieron volverse a ver; pero eso no pudo pasar, pos eran muy chamacos y no era de mucha importancia par'ellos, pasaron los meses, y estos en años. Güeno pa' no hacérselas tan larga Yolotzin tenía con su madre un día sólo para ir al mercado, Italivi también estaría ahí pues tenía sus nuevos recorridos de emperador. Tras un rato en el mercado se acerca Yolotzin a un puesto de orégano, al lado estaban los escalones pa' subir al templo mayor, y que Italivi pos' no se tropieza con un escalón y cayó en la carpa del puestito, y que le cai a la pobre Yolotzin, ella pos' sin reconocerlo que se enoja tanto que gritó:

—¿Pos' no ves?

A esto le respond'él:

—Entiendo su enojo, pero pos' no se enoje —pero cómo no se enojaría Yolotzin, pos' si tumbó todo, achicopalado se voltea haci'ella y cruzando miradas, Italivi se quedó embobado con aquellos ojos que vagamente recordaba ya había visto antes.

—Pero pos' yo digo fue del guamazo que ya ni se acordaba —dice el abuelo riéndose.

Desde ese día, su recordar eran los ojos de Yolotzin, y él se hizo prometerse volverla a ver; paseando de nuevo por los prados de lirios pensando en ella, a lo lejos vio un reflejo verde en su pecho, en sí pos era una lucecilla.

Buscando de dónde venía, vio a lo lejos a una mujer arando la tierra, él se acercó a ella, y claro, ¿quién se imaginan que era?, pregunta el abuelo a las niñas.

—Grita Yetzali, ¡es Yolotzin, agüelo!

—Pos sí mija, ¿ni modo que quién, mamá? —dice el abuelo riéndose.

—Pos' güeno mis chimpallatas de ay pal' real se quedaron juntos pa' siempre.

El perro agradecido

Antonio Paredes López

12 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Había una vez en una pequeña ciudad donde todo mundo iba y venía sin cesar y sin preocuparse de los demás, cada persona en su trabajo o en sus propias ocupaciones, donde nadie volteaba a ver a las demás personas mucho menos lo que les rodea, preocupándose más por su teléfono o la hora del reloj.

Un día por la tarde en hora pico, de regreso al trabajo, un joven doctor solitario y un poco distraído pensando en los pacientes que había visto ese día, de pronto paró en seco su auto y el enfreno hizo que su cinturón se ajustara a su cintura. Se asustó, bajó del coche y se asombró de ver que un perro se había cruzado en su camino. Era un perro algo flacucho, despeinado y un poco sucio, estaba tan asustado porque estaba perdido, no eran sus rumbos así que no conocía esas grandes calles.

El médico al ver que le había lastimado una de sus patas delanteras con la llanta de su coche, no le quedó más remedio, que mal humorado, subirlo a su automóvil, ya que sentía las miradas de otras personas que pasaban por ahí en ese preciso momento, y lo que menos quería es que la gente lo viera dejar al perro abandonado a su suerte.

Lo llevó a su casa, que en realidad era un departamento pequeño en un segundo piso donde había restricciones para tener una mascota; sin embargo, el médico siempre había tenido un buen comportamiento como vecino, así que pensó que no habría problema en que lo tuviera por unos días hasta que el perro sanara.

Le curó la cortada de su pata izquierda, le puso dos puntos de sutura, le aplicó una crema con antibiótico y lo vendó. Sin embargo el perro se veía triste, en realidad no era el dolor, tenía algo de frío, hambre y sed, un perro de la calle vive el día, supongo, le dijo el doctor al perro, pero se contestó así mismo, cómo puedo hablarte. En realidad el médico no era un gran conversador, sólo tenía contacto con sus compañeros de trabajo o pacientes y no estaba acostumbrado a que alguien lo esperara en casa, sólo vivía trabajando.

Pasaron los días y cada tarde o noche después del trabajo el perro lo aguardaba en casa, el médico no le puso nombre porque no pensaba que la estancia del perro fuera larga. Al ponerle nombre, seguro él creía que formaría un lazo de amistad, así que decidió no ponerle ninguno, el médico cenaba y le traía algo de comida al animal.

Después de un mes completo el perro se veía que había ganado peso, su pelo era diferente ya no era grifo o despeinado, era brillante y estaba limpio podría decirse que era un perro de casa, es decir como si siempre lo hubiera sido, el médico al ver esto pensó que era hora que su huésped por un mes ya podía valerse por sí mismo, no pensó en si alguien quería adoptarlo, algún conocido o familiar ya que él estaba solo en la ciudad, así que lo más fácil era dejarlo en una de las calles poco transitadas por donde lo encontró con el fin de que el perro buscara su propio camino, quien sabe si alguien más al verlo limpio y con otro aspecto decidiría llevarlo consigo a su casa.

Una mañana de domingo el médico se levantó temprano, se puso sus tenis, le colocó una correa alrededor del cuello y salió con el perro a caminar, se aseguró dejarlo en una calle tranquila, caminó un poco pensativo y lento de regreso a su departamento, esa noche era diferente, algo más faltaba en su departamento, tal vez ya se había acostumbrado a su huésped.

Al día siguiente se fue rumbo a su trabajo como todos los días, tuvo una jornada muy cansada, cubrió dos turnos en el hospital. Al llegar a casa vio una patrulla fuera de su edificio y vecinos hablando con policías, el médico no entendía qué sucedía. Saludó al llegar y escuchó uno de los vecinos decir, mire señor policía él es el dueño del departamento; él no entendía qué sucedía, todo fue claro cuando el policía a cargo le explicó que su departamento había sufrido un intento de robo, pero que

gracias a su perro había asustado a los ladrones haciendo que los demás vecinos hablaran a la policía sin que pudieran llevarse nada.

El médico no entendía, porque él no consideraba a ese perro callejero como suyo, ya se había desecho de él, pero ese perro no olvidó que él lo había curado, que lo había llevado a su casa, que lo había alimentado y que por un mes de su vida canina no había tenido que preocuparse qué iba a comer o dónde dormiría.

Así que el perro al sentirse en deuda regresó a su casa y aguardó todo el tiempo desde que el médico estuvo en su trabajo delante de su puerta, él impidió a toda costa que personas extrañas entraran a robar a su casa, podía sentir las intenciones de esas personas, así que se deshizo de ellos, era un perro de la calle y estaba acostumbrado a pelear, este perro agradecido se convirtió en un perro amigo fiel de ese médico, su compañero, el médico de buena gana lo adoptó y le puso por nombre Fidel, por ser un perro fiel y agradecido.

Ayúdame

Jaime Alejandro Morales Tobías

10 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Había una vez un niño llamado Alex, que siempre iba al parque que estaba cerca de su casa a jugar con sus amigos y un día de regreso a casa escuchó que un perro le ladraba, volteó para buscarlo, pero no lo encontró, los ladridos se repitieron durante varios días cada que iba al parque pero nunca veía de dónde eran los misteriosos ladridos.

Esperó por mucho tiempo hasta que se fueron todas las personas y entonces vio una sombra, parecía un perro pero no podía decir con certeza cómo era porque apenas sí se veía su silueta; en la oscuridad de la noche no se veía bien de qué color era, sólo se distinguían sus ojos brillantes y su pelo que se iluminaba con la luz de la luna, con algo de miedo decidió seguirlo, caminó tras él algunas cuadas hasta que se detuvo en una casa abandonada.

Antes de eso no se había atrevido a entrar ahí, era un lugar feo y con mal olor, lleno de bichos y basura, hacía muchos años que nadie habitaba esa casa, y aunque estaba cerca de la suya, su madre le había dejado bien claro que no debía ponerse en peligro y entrar a esa propiedad, pero esta vez tenía que armarse de valor y descubrir el misterio de la criatura que ladraba siempre atrás de él. Estaba a punto de acercarse al fantasma cuando escuchó unas voces y prefirió esconderse.

En ese momento entró Pelón, el niño nuevo de la cuadra, le decían así porque de bebé su pelo era tan güero que parecía como si no tuviera nada. Pelón venía con dos personas más, uno era gordo con el pelo alborotado y su risa escandalosa y casi macabra, el otro era más bien flaco y feo, con los pantalones llenos de parches y los zapatos sucios, traían un perro amarrado con una correa, era apenas un cachorrito, se veía temeroso y sin mucha fuerza, seguramente lo habían robado de algún lugar.

Los chicos comenzaron a burlarse de él, le pegaban para que caminara y el pobre sólo se encogía metiendo su cola entre las patas, mientras lloraba de dolor decidieron atarlo con cinta y ponerle una soga en el hocico para que no aullara, entonces le pusieron letreros con un plumón en su cuerpo, le dibujaron toda clase de cosas ridículas y malas haciéndolo sufrir, al final el perrito no se movió más, tal vez se había cansado de luchar o estaba muerto.

Entonces Alex entendió que el animal extraño y misterioso que había estado siguiendo no era su imaginación, era real, lo que el perro

quería era ayuda para ahuyentar a los chicos malos, que alguien supiera la verdad de porque las mascotas del barrio habían estado desapareciendo.

Entonces Pelón y sus amigos fueron por otra víctima, regresaron con una caja pequeña, la pusieron en el suelo y la caja comenzó a moverse, estaban a punto de sacar lo que tenía adentro cuando escucharon voces.

—¡Cocooooo, contesta! —era la voz de Lucía buscando a su perrito Coco.

Pelón y sus amigos huyeron dejando la caja sola, entonces Alex tomó la caja para abrirla, estaba sellada con mucha cinta gruesa, así que le tomó un poco de tiempo y esfuerzo romperla, pero finalmente se abrió y con mucha desesperación sacó al pequeño animalito; para su sorpresa era Coco el que estaba allí dentro, todo asustado y temblando de frío.

Devolvió el perro con Lucía y ella se sintió muy feliz de tener a Coco sano y salvo, estaban tan ocupados consolando a Coco que no se habían dado cuenta que Pelón había regresado con su pandilla a buscar la caja, y en cuanto vio a Alex y a Lucía intentaron atraparlos.

Los chicos salieron corriendo a toda velocidad rumbo a su casa, corrían lo más rápido que sus piernas les permitían, pero al ver que no podían llegar se escondieron en un arbusto, Pelón y sus amigos los buscaron por todas partes, estaban furiosos por haber perdido a su presa y querían atraparlos para hacerlos guardar su secreto por la fuerza,

Lucía jamás había estado más asustada que en ese momento, su corazón latía tan fuerte que sintió que podía salirse del pecho. Los chicos malos estuvieron buscando y buscando hasta que se rindieron. Alex y Lucía pudieron salir, temeroso se apresuraron a continuar su camino a casa, pero lo que habían visto era demasiado importante para dejarlo pasar, no podrían dejar de pensar en lo mucho que sufrió el pobre perro que habían torturado Pelón y su pandilla.

Ellos pensaban que era una injusticia maltratar a los animales aunque fueran callejeros, entonces decidieron que tenían que hacer algo para ponerle fin a esa situación y decidieron decirle a la policía, pero debían tener pruebas para que los adultos les creyeran todo lo que sabían.

Así que para conseguir las fueron a la casa abandonada llevando el celular de su mamá, se escondieron de nuevo y esta vez se aseguraron de tomar fotos de los chicos malos maltratando a los perros, no fue fácil, por un instante pensaron que los iban a atrapar, pero Gordo y uno de los compinches de Pelón, los vio husmeando y entonces Alex y Lucía tuvieron que correr lo más rápido que pudieron para escapar, lograron llegar a casa a salvo y le enseñaron a su mamá lo que habían visto.

La mamá de Alex llamó a la policía y ellos empezaron a buscar a la pandilla empezando por Gordo, pero el chico se dio cuenta y escapó, quería ponerles una trampa. Gordo quería eliminar a Alex porque sabía su secreto pero no era tan astuto y los kilos de más no le ayudaron.

Entre los dos, Lucía y Alex decidieron hacer algo para atraparlo, se las ingeniaron y pusieron a Coco como carnada para atraerlo, en cuanto los chicos malos vieron al cachorro sólo trataron de agarrarlo, pero Alex ya se había adelantado pidiendo ayuda a la policía que acudió al lugar y atrapó a los tres con las manos en la masa.

Esa tarde los tres fueron arrestados, los vecinos levantaron cargos en su contra por maltrato animal y los llevaron a la cárcel donde tuvieron que pagar sus fechorías haciendo trabajos pesados, al final tuvo que decir su nombre verdadero, que era Carlos.

Alex y Lucía jamás habían escuchado antes su nombre tal vez por eso Pelón, Gordo y su amigo eran tan malos con los animales, porque nadie los había tratado a ellos con respeto ni cariño.

Todos necesitamos ser tratados con dignidad para sentirnos bien, los chicos que reciben amor, también dan amor a los demás, aquellos que reciben maltrato se convierten en chicos malos y maltratan a los animales y tal vez también a las personas.

Los súper héroes del Colegio

Antonio Omar Fernández Cantú

10 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

La maestra Tina era una de esas típicas maestras extravagantes, un poco locas, con el pelo revuelto, gafas redondas y cara de estar siempre concentrada en algún invento.

Pero en realidad, la maestra Tina ni estaba loca y lo que tenía entre manos no eran inventos. Bueno, a lo mejor sí, porque lo que hacía la maestra Tina era imaginar y escribir historias, aunque no tantas como ella quería.

En realidad, la maestra Tina se llamaba Josefina. Pero todo el mundo le conocía como Tina porque todos sus cuentos los finalizaba de la misma manera:

—“Y colorín colorado, este cuento se ha acabado”, y como me ha gustado, esta Tina se comerá tres panditas de un bocado. (Y se los comía, aunque fuera mentira).

La maestra Tina era maestra de escuela. Todos sus alumnos le querían, porque gran parte del día lo dedicaba a inventar cuentos increíbles para que los niños aprendieran más y disfrutaran de las clases. Los niños también participaban, complicando las historias de tal manera que a veces eran casi imposibles de solucionar. Menos mal que la maestra Tina tenía recursos de sobra para resolver ingeniosamente cualquier situación, por complicada que pareciese.

Un día, uno de los niños estuvo a punto de tener un tremendo accidente en el colegio. Nuestro pequeño amigo decidió que quería hacerse el chistoso de la clase para convertirse en el protagonista de la próxima novela de la maestra Tina. No se sabe muy bien cómo, pero el chico apareció colgándose de la canasta de básquet de la escuela, a varios metros del suelo. El niño estaba muy asustado, porque no sabía cómo bajar. Los gritos y los llantos alertaron a la maestra Tina y al resto de maestros.

—No temas José. Subiremos por ti —gritaba la directora del colegio.

Pero era demasiado tarde. El peso del niño colgado de la canasta era demasiado para el tubo, y éste empezó a doblarse.

—¡Cuidado! ¡La canasta se va a caer!

En cuestión de segundos, la canasta cayó al suelo y quedó hecha pedazos.

—¿Y José?, ¿dónde está José?

—Mira a ver si está debajo de la canasta.

—No, aquí no está.

Increíblemente José estaba en la otra punta del patio, hecho un flan en brazos de la maestra Tina, pero sin un solo rasguño.

Nadie podía explicarse cómo la maestra Tina había podido llevar a cabo aquella impresionante hazaña. ¿Sería la maestra Tina una superhéroe disfrazada de maestra? ¿Habría conseguido sus poderes bebiendo alguna de las pociones que diseñaba en sus cuentos? ¿Sería una extraterrestre enviada para explorar la Tierra, o tal vez una mutante víctima de la contaminación atmosférica?

El extraño caso de la maestra Tina en el colegio empezó a correr todo tipo de rumores y extrañas historias sobre el origen de los poderes de la maestra.

Se dice que una extraña noche de octubre, estaba la maestra en el patio de su casa sentada en una mecedora mirando a la luna, cuando pasó una brillante estrella fugaz y se le ocurrió pedir un deseo especial: ¡Ojalá encontrara la forma de que los niños jamás estén en peligro!

En eso una luminosa estrella pasó frente a ella y la maestra se asustó por lo iluminada que estaba esa estrella, la maestra pensó que su petición no había dado resultado, pero al día siguiente comprobó que no era así.

Un chico estaba distraído caminando y mirando hacia el suelo, cuando la maestra a lo lejos vio que había un letrero que le iba a golpear la cabeza, y en eso la maestra corrió hacia el chico y lo detuvo del brazo para evitar que se golpeará con el letrero, el chico se asustó al ver que la

maestra lo detuvo, pero al ver que casi encima de él le iba a golpear el letrero le agradeció a la maestra Tina por salvarlo.

A raíz de todas las veces que la maestra Tina ha salvado a los chicos decidió explicarles a los niños la verdad:

—Queridos alumnos. No soy ninguna superhéroe, lo único que hice fue tirarme a correr por José en cuanto vi que la canasta de básquet empezaba a doblarse. José se soltó según caía la canasta, yo lo vi, corrí hacia él, me abalancé y pude cogerlo antes de que cayera al suelo.

—Entonces, ¿no es usted una superhéroe, maestra Tina? —preguntaron los niños un poco desilusionados.

—No.

—¿De dónde sacó la energía y el valor para lanzarse por José, maestra? —siguieron preguntando los niños.

—Del profundo amor que siento por todos y cada uno de los niños del colegio.

Pero a los niños esta explicación no les sirvió, estaban seguros que era una mentirilla de esas que cuentan los mayores para ocultar su verdadero secreto. De cualquier modo, la maestra Tina era una verdadera superhéroe, por lo que desde aquél día todos le llamaron “La súper Tina”.

La sombra de Mauro

Rodrigo Sosa Ávalos

13 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Hola, soy Mauro, tengo doce años y les tengo que contar algo; tengo una sombra. La verdad tengo mucho miedo porque ahora tengo más hambre, voy más seguido al baño, soy más atrevido, le contesto a mi mamá. Le pregunté esto a Google y no me esperaba la respuesta que me dio, ya que no hay resultado para mi “sombra”.

No le quiero preguntar a mi mamá porque casi siempre estamos enojados desde que me pasó esto, y mi papá tiene mucho trabajo; por si fuera poco mi mamá le contó lo que me está pasando y está igual de enojado. Entonces estoy solo en esto, tengo a mis amigos, pero no quiero hacer el ridículo con ellos. Esto pasó hace unas dos semanas y desde ahí no le caigo bien a nadie. Por lo que en mi casa me la paso enojado y castigado en mi cuarto, prefiero ir a jugar basquetbol con unos chicos que conocí en mi cuadra.

Pero esto no es todo lo malo que me ha pasado, conocí una chica que me gusta; estaba jugando basquetbol, cuando la vi mi sombra empezó a decirme: “ve por ella tigre”. Cuando me dijo esto me quedé loquísimo porque nunca haría eso, soy un poco tímido y mi sombra es literalmente todo lo contrario a mí.

Me siento incómodo en la escuela porque voy con todas las ganas de aprender, pero aparece mi sombra y me dice que hay que hacer relajo para ser “cool”. Le digo que no me gusta llamar la atención, que es mejor estar calmado y que nadie te vea, es mejor ser invisible le digo, pero él insiste, y cuando estamos en clase al final pierdo la batalla y le sigo el juego al desordenado del salón, acabo con un cinco en trabajo diario y por si fuera poco también en conducta. Todo porque tengo una sombra que no me deja en paz desde hace dos semanas.

No le puedo decir a nadie que me ayude, porque no confío en nadie, además supongo que nadie me va a creer, literalmente estoy perdido en la escuela, en casa y todos los lugares donde haya gente.

Estoy cansado de batallar con esta sombra, quiero matarla, que nunca vuelva, porque por culpa de esta cosa me ha ido mal estas dos semanas. Pienso que si la quito todo volverá a la normalidad, sería más fácil seguir con mi vida. Tuvo que aparecer, todo estaba normal y esta aberración me vuelve loco. He pensado en suicidarme, porque ya no puedo con esta cosa todo el día molestando, haciéndome la vida imposible.

Un año después

—Aaaahhhjjj, mamá te dije que no quería verduras.

—Mauro las tienes que comer te hacen bien.

—No me importa mamá, no quiero y no me gustan.

—Mauro a tu cuarto, a tu cuarto, ahora mismo.

—Ohhh otra vez tú, sombra, por qué no me dejas ser yo mismo, estoy hasta la coronilla de que me hagas actuar como otra persona, por favor sólo te pido un día normal, donde no sea un joven malo, contestón, arrogante, envidioso, hambriento, molestón, impaciente, egoísta; sólo te pido eso por favor un día tan siquiera.

Después de esto se acostó y se quedó dormido. Durante esta noche Mauro durmió excelente, la sombra después de reflexionar un poco de todo el malestar que le había causado a Mauro, pensó: “tal vez estaría bien controlarme para que Mauro pudiera ser feliz y tener algo bueno en estos días”.

Entonces la sombra se puso a pensar toda la noche cómo Mauro y él lo ayudaría a entenderse y controlarse, hasta que se le ocurrió algo y se puso manos a la obra. Lo que se le había ocurrido a la sombra era que tal vez si trabajaba a ayudarle a Mauro a controlarse y probablemente ser uno mismo, sería mejor para los dos.

A la mañana siguiente la sombra no apareció hasta la hora de la clase de español, que era en la que más le aburría a Mauro porque le aburrían las clases de la maestra, pero algo cambió.

—Niños, abran sus libros en la página 42 —le avientan un papel a Mauro babeado y le cayó en la oreja.

—Tranquilo no explotes, sólo déjalo pasar —dijo sombra.

Cuando Mauro escuchó esto se quedó loquísimo, se sorprendió que su sombra no explotara; le hizo caso, esa clase fue los mejores y nadie lo esperaba. Cuando pasó esto ahora entendió que su sombra le había hecho caso.

—Wow, gracias sombra, gracias por escucharme y calmarme en la clase, espero que sea así todos los días. La verdad no pensé que me habías escuchado, pero tal parece que sí y que bueno que reflexionaste, creo que somos un mejor equipo ya que estamos sincronizados.

—Tienes razón opino lo mismo

—¿Qué? ahora ya me hablas, eso es nuevo pero creo que es mejor así, es como tener un amigo adentro.

Desde ese día Mauro y su sombra empezaron a ser grandes amigos y les fue muy bien.

Ahora Mauro es un joven feliz, tenía nuevos amigos, su casa estaba en paz, ya no estaba enojado con su mamá, se llevaba bien con su papá y con los maestros del colegio, así como con los de su taller de robótica, todo eran flores para Mauro.

Cinco años después.

—¿Sombra, estás ahí? ¿Sombra? Contesta amigo, sé que estás ahí por favor, venga, es un nuevo día amigo todo será mejor, vamos, levántate.

El punto es que ese día la sombra de Mauro no hizo ni dijo nada en todo el día. Mauro no lo entendía, para él la sombra iba a estar para él toda su vida pero no, la sombra de Mauro era la famosa “adolescencia”.

Pues sí amigos, la sombra apareció a los doce años de Mauro, y se fue a los dieciocho, ese es el plazo que dura la pubertad, por eso ahora estaba loquisimo, no entendía por qué su querido amigo no aparecía. Le tenía un cariño inigualable a pesar de todas las cosas malas que le hizo al principio, porque Mauro supo que en ese día el cual le aventó el sermón en su cuarto y su sombra lo entendió y lo reflexionó; la sombra cambió y fue una cosa totalmente diferente para Mauro y sus amigos, papás, maestros, coordinadores, conocidos, compañeros, niñas, niños, etc.

Mauro había perdido a su mejor amigo, que le había estado ahí en las buenas y en las malas, pero definitivamente ya era hora de deshacerse de la adolescencia, los granos, espinillas, enojos, mal genio, desobediencia, contestaciones y todo lo que lleva la pubertad.

—Hola cariño, cómo estás —dijo su madre. Mauro no contestó—. ¿Cariño? Qué pasa, por qué estás así, ¿te pasa algo?, hijo contesta por favor.

Ese día Mauro estaba apagado, la luz de su sombra que la acompañaba no se veía igual que como los días anteriores, sus padres lo vieron pálido, apagado, sin la chispa que antes caracterizaba a Mauro, sus padres se asustaron mucho, tenían miedo de que le hubiera pasado algo y no tenían idea ni de qué se trataba. Decidieron llamar a una psicóloga.

—Bueno Mauro, cuéntame —dijo la psicóloga.

—Como verá, tenía una sombra por así decirlo cuando tenía doce años y desapareció ayer. Era mi mejor amigo, la verdad es que ahora me siento incómodo, como que todo va hacer un desastre, cuando estaba, era más fácil hacer todo, era como si fuéramos un gran equipo, aunque al principio fue difícil, le contestaba a mi mamá, me enojaba mucho, comía mucho, iba mucho al baño. El punto es que hubo un momento en que él y yo tuvimos una relación súper cercana y todo iba muy bien, nos entendíamos, era muy bueno en clase, sacaba diez en todo, estaba en paz con mi familia, tenían unos amigos que jugaba basquetbol con ellos, pero ahora que ya no está, me siento vacío y eso es lo que me pasa.

La psicóloga lo escuchaba, tomaba notas, una pequeña sonrisa esbozaba en su cara.

Cuando acabó de hablar le dijo:

—Mauro, tu sombra no era otra cosa que la adolescencia.

Mauro soltó la carcajada y expresó:

—Me faltó poner más atención a la clase de biología y formación cívica y ética.

Hechizo

Regina Mercado Villanueva

13 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Érase una vez una bruja un poco vieja, aún con cincuenta años era muy hermosa, su nombre era Helen. Todos la conocían por su belleza. Cuando era joven, ella tenía un amado llamado Patricio, se amaban tanto que tuvieron un hijo con la belleza de sus padres, su nombre era Fernando y él podía tener a todas las niñas que él quisiera ya que todas lo amaban excepto una, Mariana, ella era la niña de sus sueños, pero desafortunadamente ella no pensaba lo mismo.

—Necesito tu ayuda mamá —dijo Fernando.

—Por supuesto cariño —respondió Helen.

—Necesito un hechizo —dijo él impacientemente.

—¿Un hechizo? —preguntó ella.

—Sí madre, necesito conquistar a la chica de mis sueños, su nombre es...

—¿Cuál es su nombre querido?

—Su nombre es... Mariana, es la niña más hermosa que he visto en mi vida y quiero que sea mi novia —dijo Fernando, muy felizmente.

—De acuerdo hijo, pero necesitaré un par de días, sabes que ya soy algo vieja y olvidé el hechizo de encantamiento.

—¡Gracias, gracias de verdad madre!

Y en ese momento despegó la pequeña bruja que Helen llevaba en su interior desde hacía mucho, pero mucho tiempo atrás. Después de una larga y exhaustiva búsqueda en todos los libros de hechizos que ella tenía (247 para ser exactos), seguía sin encontrar aquel hechizo que su hijo tanto anhelaba. Al cabo de unos días, recordó algo, ella tenía los números telefónicos de sus amigas de la infancia, era su última opción, esto tenía que funcionar.

Al día siguiente buscó por toda su casa sus libretas, sus agendas, sus cuadernos, notas y no encontró nada, hasta que encontró una pequeña caja de cartón debajo de la cama, y ahí lo vio, su diario de la infancia, en ese instante recordó todo lo que escribía ahí, ese era su artículo máspreciado cuando era pequeña.

Después de abrir el diario y al encontrar lo que buscaba, le llamó a sus amigas y hablaron por horas y horas poniéndose al corriente sobre todo lo que había pasado en sus vidas, la mayoría de ellas estaban casadas y tenían al menos tres hijos. En su caso era diferente, el padre de su único hijo los había abandonado a su suerte y se había mudado lejos para no hacerse cargo de Fernando, pero eso no era lo que en verdad

importaba en este momento. ¡Lo había obtenido! Encontró el hechizo con ayuda de sus amigas y era hora de poner manos a la obra.

Inmediatamente consiguió los ingredientes: Harina, cacao, ojo de dragón, azúcar y corazón de mapache y ardilla, al mezclar todos los ingredientes en la olla se hizo un muffin de chocolate que se veía delicioso. Al llegar Fernando de la escuela su madre le dijo:

—Te tengo una sorpresa —y al entregarle el muffin, él estaba un poco confundido, así que preguntó:— ¿esto es para mí? —y ahí comprendió—, ¡oh Dios!, ¿es el encantamiento, no es cierto? —preguntó él.

—Exacto —dijo su madre.

Al siguiente día en la escuela, Fernando encontró a Mariana detrás de los casilleros y le dijo:

—Hola Mariana —ella devolvió el saludo—. ¡Te tengo un pequeño regalo!

—¿En serio? —preguntó sorprendida, antes de que él le diera el muffin que ella devoró rápidamente.

Al cabo de unos segundos la invitó a salir y por supuesto ella accedió encantada y se fueron a clase juntos. Saliendo de la escuela Fernando le dijo a Mariana que pasaría por ella a las 7:20 pm para llevarla a un lugar muy especial a cenar, los dos estaban sumamente emocionados, se despidieron y se fueron cada uno a sus casas. Cuando él llegó le contó todo a su madre y le dio las gracias otra vez, corrió a su habitación y comenzó a planearlo todo, él quería una noche perfecta.

Cuando ya eran las 6:30 pm, Fernando se metió a bañar, se puso perfume y se vistió con unos jeans y una camisa de botones, se secó el pelo y se peinó, se veía muy guapo, eran las 7:15 pm y faltaban tan sólo cinco minutos para que llegara la hora acordada. Bajó las escaleras, se despidió de su mamá y tomó las llaves del auto, al llegar a casa de Mariana tocó el timbre, saludó a la madre de la chica, quien lo invitó a entrar y se sentó en la sala a esperar con él mientras su hija bajaba. Cuando por fin estaba ahí, lucía espléndida, tenía puesto un hermoso vestido color lila con pequeñas mariposas blancas en la parte de abajo.

—Te ves espléndida —dijo él mientras ella se sonrojaba.

—Gracias, tú no te quedas atrás —le respondió.

—Bueno, pues hora de irnos —dijo Fernando mientras le mostraba su brazo como para que ella lo tomara y se fueran caminando juntos, así que eso fue lo que ella hizo.

Entraron al auto y se dirigieron a su destino. Cuando llegaron Mariana no entendía nada, ella pensó que irían a un restaurante, pero estaba equivocada, se detuvieron en un parque lejos del pueblo, era un parque muy lindo, había muchos girasoles y mariposas alrededor, cuando se bajaron del auto, Fernando sacó una canasta de la cajuela y unas mantas para sentarse en el suelo.

La canasta tenía fruta, sándwiches y sidra de manzana, estaban haciendo un picnic a las afueras de la ciudad. Al terminar de comer se recostaron en la manta y se pusieron a platicar sobre sus vidas y a conocerse el uno al otro. Ya eran las nueve y casi no había luz, así que

decidieron volver a la ciudad, Fernando llevó a Mariana a su casa y ella le dijo que lo vería mañana en la escuela.

—Hasta mañana —contestó Fernando.

Al llegar a su casa exhausto pero muy contento, Fernando se quedó dormido antes de poder contarle nada a su mamá, pero eso no importó ya que se lo contaría la mañana siguiente en el desayuno antes de ir a la escuela. Y así fue, mientras desayunaban le contó todo a su mamá y por cuarta vez, le dio las gracias. A lo que ella respondió:

—Por supuesto hijo, pero recuerda que el encantamiento ya terminó.

Cuando llegó a la escuela le daba pena saludar a Mariana porque ya no estaba hechizada y volvía a ser la única chica a la que no le gustaba Fernando. Él estaba devastado, pero en ese momento ella se acercó y le dijo:

—Muchas gracias por la cena de ayer, deberíamos hacerlo de nuevo otro día —él solamente la miraba muy confundido, pero simplemente dijo:

—Cuando quieras.

Después de clases salió corriendo a toda velocidad hacia su casa, con muchas preguntas para su madre, pero cuando llegó no había nadie en la cocina, ni en la sala, ni en las habitaciones, sólo una nota que decía: Llegaré pronto, hay comida en el horno. Después de leerla Fernando abrió el horno y sacó una charola muy pesada.

Tomó un plato, un cuchillo y un tenedor, y se sirvió pechuga de pavo con papas al horno, comió impaciente por el regreso de su madre ya que ella no dijo a dónde iría ni cuánto tiempo tardaría.

Terminó de comer, lavó su plato y subió a su cuarto a hacer la tarea y vaya que tenía mucha, era semana de exámenes y proyectos finales en la escuela preparatoria y obviamente él aún no había comenzado ni a estudiar ni a hacer los proyectos. Pasó media hora y su madre aún no regresaba, y él estaba muy nervioso. Pasó una hora y escuchó la puerta de un auto abriéndose y cerrándose, bajó corriendo las escaleras y vio a su madre entrar.

—¡Mamá! —gritó Fernando.

—¿Qué pasa querido? —preguntó Helen.

—¡No lo vas a creer, el hechizo continúa!

—Sabía que lo lograrías —dijo su madre felizmente.

—¿De qué estás hablando madre? —preguntó él.

—No te di un encantamiento hijo, te di un simple muffin.

—¿Pero, qué? ¿Cómo es eso posible?

—No necesitabas de ningún encantamiento, sólo debías confiar en ti mismo, tú lo lograste, tú la conquistaste cariño.

Después de hablar con todas sus amigas y pasar un buen rato, Helen sí hizo el encantamiento, pero mientras se horneaba ella se puso a pensar, su hijo no necesitaba un hechizo, él era capaz de tener a la chica de sus sueños sin ayuda, así que fue a la tienda y compró un muffin más

bonito que encontró, fue fácil engañarlo ya que ella nunca le dijo que ese tipo de hechizos se tomaban, no se ponían en muffins.

Fernando se quedó paralizado, ya que estaba muy confundido, pero fue ahí cuando lo entendió, todo esto pasó porque él tenía seguridad en sí mismo, él lo había conseguido sin ayuda de ningún tonto encantamiento, sin ayuda de nadie, o bueno tal vez un poco de su madre. Él tenía lo que quería y se sentía sumamente orgulloso de sí mismo. Su madre era muy, muy inteligente y Fernando estaba muy feliz por ello.

De esta forma él comprendió que todo lo que se propusiera lo podía lograr. Y que ese era el secreto de la vida, eso era lo más importante y lo más valioso que alguien podía enseñarle jamás.

Rubén y la desaparición de las vocales

Juan Pablo Reyes Gámez

Ciudad Victoria, Tamaulipas

Hoy me pregunté, ¿qué pasaría si una letra desaparece? ¿Cómo serían las cosas si desaparecieran las vocales? Pues esta es la historia de una increíble aventura que viví junto a mis amigos. Era como un día normal, papá iba al trabajo, mamá me llevaba a la escuela pero también era mi cumpleaños, y ese día todo cambió, las vocales desaparecieron, ¿cómo pasó esto?

Te voy a contar de mí. Me llamo Rubén. Todos los días me levanto temprano y asisto a la escuela, me gustan mucho las matemáticas y soy muy bueno en los videojuegos.

Ese día era mi cumpleaños y al despertar encontré un mapa muy extraño. Busqué a mis amigos en la escuela antes de clases y les mostré el mapa.

Ah sí, no les presenté a mis amigos, ellos son: Mangel, Alex by y mi gato Wilson. ¿En qué estábamos?

Ah sí, Mangel dijo:

—Tenemos que investigar cómo desaparecieron las vocales.

—Pero, ¿cómo vamos a encontrarlas? —preguntó Alex by.

Junto con el mapa había una nota que decía: “Rubén, te darás cuenta que las vocales desaparecieron. Sigue las instrucciones y ayúdanos a encontrarlas por favor”.

Nos preparamos para iniciar la aventura, al salir de clases colocamos comida en nuestras mochilas, agua y linternas.

Cuando mis amigos y yo llegamos a la primera dirección indicada, vimos una casa muy grande y hermosa, ahí encontramos a una chica que nos contó que fue su hermano quien hizo desaparecer a las vocales. La chica nos explicó que para recuperarlas tendríamos que descifrar acertijos y que el premio sería recuperar las vocales. Ella nos entregó unos lentes especiales que nos ayudarían en nuestra misión.

—Los retos a los que se enfrentarán serán muy difíciles —explicó—. Tienen pocas horas para completar la misión, o las vocales desaparecerán para siempre.

Salimos de ese lugar y vimos un callejón al que nos dirigimos. Había un mini templo azteca.

Una voz se escuchó:

—¿Quién es el mejor en historia? —dijo el guardián.

Alex by levantó la mano temeroso pero orgulloso de saber que podía ayudar con aquel misterio.

—Da un paso al frente, le ordenó el guardián.

Alex by dijo:

—Yo soy el mejor en historia, ¿qué quieres saber?

—¿Qué fue lo primero en ser creado? —dijo la voz.

Alex by pensó unos segundos y contestó:

—La vida.

El guardián guardó silencio por unos instantes y luego respondió:

—Es correcto.

Como por arte de magia apareció la vocal A ante sus ojos y les dijo:

—Guárdenla muy bien. Usen los lentes mágicos para leer el mensaje que los llevará al siguiente punto.

Alex by tomó la letra A y la guardó en su mochila.

Mangle se puso los lentes y leyó el mensaje y decía: “adnoH”.

Estuvimos pensando por unos instantes qué significaba, lo leímos varias veces, volteamos el papel y ya estábamos a punto de darnos por vencidos, cuando coloqué los lentes frente al mensaje y pude leer a través del reflejo la palabra “Honda”.

—Eso es —grité efusivamente—. Hay que ir a la Honda.

Visitamos la única Honda de la ciudad, que estaba abandonada, cerca del cementerio. Nos vimos unos a otros e iniciamos el camino

hacia aquel misterioso lugar. Antes de entrar decidimos comer y tomar agua, habíamos caminado mucho y teníamos hambre.

Al llegar nos dirigimos a una mini torre Eiffel que había en el terreno. Había un ogro que cuidaba la torre. Me adelanté a mis amigos y dije: —Déjame adivinar, esto es un acertijo de matemáticas.

El ogro contestó:

—Sí, así es.

Me armé de valor y pregunté:

—¿Cuál es el acertijo?

—Tienes que resolver la siguiente división, con solo verla tienes que decirme la respuesta. ¿Estás listo? —dijo el ogro—, 142.8 entre 8214.9 .

—Eso es fácil—dije muy seguro—. La respuesta es 0.0173830479 .

El ogro se quedó pasmado, pero dijo:

—Es correcto.

Nos entregó la vocal E. La guardé en la mochila de Alex by.

El siguiente lugar nos dirigió a un terreno que está al lado de casa de Alex by y hallamos una versión mini de la estatua de La Libertad, vimos un robot que nos dijo:

—Deben hacer este acertijo en un minuto si no, no podrán tener la vocal.

Mangel dijo:

—Esto es muy difícil, pero debemos intentarlo. Escuchamos con atención el acertijo que decía: “el lugar con más sabiduría que existe”.

Nos pusimos a pensar y los segundos pasaban. Entonces respondí con mucha seguridad:

—Ese lugar es la escuela.

Nos entregó la vocal I, la guardamos y nos marchamos.

Teníamos que darnos prisa. No quedaba mucho tiempo. El siguiente mensaje decía: “cerca del agua hallarás esta vocal”. Y Mangel dijo:

—Ya sé, es en el río que está a las afueras de la ciudad. Así que nos dirigimos hacia allá.

Al llegar encontramos un letrero que decía: prohibido el paso, peligro. Pero no nos importó, avanzamos y encontramos a un duende que tenía bajo su sombrero la vocal O. Nos retó a jugar contra él en un videojuego. Acepté, ya que era mi juego favorito y sabía todos los trucos para vencerlo. Iniciamos la partida de Fortnite y luego de un rato, le gané. El duende se quedó enojado por haber perdido pero nos entregó la vocal O. Sólo nos faltaba la vocal U.

El mapa nos llevó al último punto que era la casa de mi vecina, una chica bonita y que me gustaba mucho, pero ella no lo sabía. Mi vecina cantaba una canción pero no se entendía nada porque faltaban las vocales que teníamos en la mochila de Alex by. Era mi oportunidad, le entregué las vocales y pudimos entender un poco la canción, ella se alegró mucho y me agradeció con un beso. En ese momento apareció la vocal U. Y todo tuvo sentido. Mis amigos y yo logramos encontrar las

vocales, nos sentimos muy orgullosos de haberlo logrado y nos despedimos para ir a casa.

Cuando llegué a casa mis padres me preguntaron:

—¿Cómo te fue hoy? —y yo pensé, ¿me creerán si les cuento mi aventura? Y respondí:

—Fue un día fabuloso, no me creerían todo lo que pasé con mis amigos, Wilson se acercó para que lo abrazara. Mis padres se sentaron y les conté mi historia.

Mis padres me felicitaron y agradecieron porque saben lo importantes que son las letras y lo confuso que sería la vida sin ellas. Yo también me doy cuenta de ello. Y con esta aventura aprendí la importancia de las vocales porque sin ellas no podría decirles a mis padres cuanto los quiero y divertirme con mis amigos.

Martín y sus dientes

Sophia Alcalá Maldonado

11 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Martín era el niño más guapo y sonriente del pueblo. Su sueño era ser un artista. Martín estaba ensayando en el patio de su escuela para el concurso de canto de la misma. Repentinamente llegaron sus compañeritos para escucharlo cantar, pero cual fue la sorpresa de Martín, que sus amigos se taparon la nariz y salieron corriendo porque tenía un aliento malo e insoportable. Martín muy triste llegó a su casa. Su madre lo estaba esperando con la comida ya hecha y caliente, pero al verlo llegar su mamá lo notó triste y le preguntó:

—¿Qué te pasa hijo, porqué vienes afligido?

—Estaba ensayando mi canción y pregunté a mis compañeros que les había parecido mi interpretación, pero ellos se taparon la nariz y salieron corriendo.

Su mamá se sorprende y se acerca a Martín y exclama.

—Pero hijo, en verdad que mal aliento tienes, huele muy feo tu boca, ¿hace cuánto que no te la lavas?

—Hace cuatro días mamá.

—Pero hijo, siempre te he dicho que después de comer laves tus dientes y enjuagues tu boca, me has desobedecido.

—Pero mamá, es que me pica la pasta de dientes.

—Mira nada más tus dientes, qué amarillos están, ¡cuánta caries! Esos dientes no son de cuatro días. En este instante ve a lavártelos.

En seguida, Martín se fue al baño, enjuagó su boca sólo con agua y mojó su cepillo de dientes, haciendo creer una vez más a su mamá que ya se había lavado los dientes.

Al día siguiente Martín se levantó y se volvió enjuagar su boca, y antes de llegar a la escuela se compró unas pastillas de menta para que no le oliera mal su boca. Sin embargo, a la hora de recreo Martín le platica su situación a su mejor amigo y éste le dice:

—¡Pero Martín como le haces para que no se dé cuenta tu mamá!, si tu boca huele muy mal, además sabes que te pueden salir caries y después se te pueden picar los dientes y puedes quedarte chimuelo.

—Eso no me va a pasar, yo no me voy a lavar los dientes porque me pica la pasta.

Víctor, su mejor amigo le dice que el efecto de la pastilla ya había pasado. En eso llegan sus amigas y él saluda. Ellas contestan:

—¡Uf!, pero qué mal aliento tienes y qué dientes tan amarillos. Sus amigas una vez más se alejan de Martín rechazándolo.

Víctor el mejor amigo de Martín le dice:

—Lo vez, por eso debes de lavarte los dientes! Nadie va a querer ser tu amigo Martín.

—No me importa, yo sólo quiero ganar el concurso, nadie me va a desconcentrar.

Así que Martín se metió otra pastilla de menta en la boca y se puso a ensayar. Después de un rato, Martín llegó a la casa llorando con dolor de muelas y de dientes.

—¿Por qué lloras tanto?

—Ese dolor de nuevo mamá, no puedo masticar, no puedo pasar la comida y no puedo hablar.

—Tendré que llevarte al dentista, Martín.

Una vez en el consultorio el dentista les dice que Martín tiene caries, gingivitis e inflamación de las encías, además una infección llamada algodoncillo. El doctor le hace una limpieza bucal, le empasta las muelas y le da un tratamiento por una semana, no sin antes advertirle a Martín que no podría participar en el concurso de canto ya que el dolor era demasiado y el tratamiento era reposo total. Recetó lavarse tres veces al día los dientes para así combatir las caries.

Martín, le pidió disculpas a su mamá por no haberle obedecido y también se lamentó por no hacer caso y haberse perdido el concurso.

Ahora los dientes de Martín y su boca lucen muy blancos y con buen aliento. Aprendió la lección que le dio la vida y debe lavarse los dientes diariamente como mínimo tres veces al día y así Martín pudo volver a cantar y tiene un club de fans.

El pequeño tragafuego

Andrés Humberto Benavides Mosqueda

8 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Hace algún tiempo en una ciudad pequeña de México, habitaba un tlacuache llamado Perry con grandes orejas y ojos que expresaban mucho con tan solo verlos. Era un animal que nació siendo el más débil de la camada, durante las primeras semanas de vida vivía bajo el cobijo y la protección de su madre que lo cargaba día y noche dentro de su marsupio, ella lo alimentaba con leche y proporcionaba calor corporal todo el tiempo. Una noche la madre de Perry salió a buscar comida con todos sus hijos en su lomo, sin embargo, los ladridos que se acercaban más y más aceleraron el corazón de ella iniciando una espantosa huida, al sentir la cercanía de los perros ella corrió hacia donde veía, podría ser su única salvación.

Perry iba tan asustado viendo a sus atacantes que perdió la concentración y soltó sus manos del pelo áspero de su madre, cayendo

entre la húmeda hierba que había al final del patio de dicho lugar, de repente los ladridos pasaron y se hizo un largo silencio. Perry no entendía lo que sucedía, sólo sabía que ese calor que sentía cuando estaba con su madre ya no era una realidad, olfateaba y la llamaba muchas veces esperando respuesta pero no fue así. Comprendió que su débil cuerpo jamás podría llevarlo hasta ella y sus hermanos. Pasó toda la noche tratando de esquivar las narices húmedas de esos perros que sabían que había algún ser extraño cerca pero no lograban atraparlo.

¿Qué será de mí?, pensaba Perry. Cómo podría sobrevivir en ese lugar sin aún dependía de su madre, tenía que ser amamantado al menos ocho veces al día, ya que no tenía otra fuente de alimento, definitivamente el pronóstico no era nada alentador, Perry estaba destinado a morir.

La mañana siguiente escuchó la voz de una mujer que se acercaba lenta y temerosamente hacia donde Perry estaba, preguntándose una y otra vez qué hacía ese ratón en su jardín. Perry asustado la miraba y movía sus grandes orejas esperando fuera amable con él, así fue, la mujer lo vio y dijo en voz alta:

—No es un ratón, es un tlacuache, el tlacuache más bello que jamás haya visto.

La mujer se llamaba Luchy, y era conocida entre sus amistades por ser amable y generosa con quien necesitara su ayuda y esta no era la excepción.

Luchy tomó a Perry entre sus manos alejándolo de sus inquietas mascotas, llevándolo a un lugar seguro, lo colocó en una caja que ahora sería su nuevo hogar, no tan comfortable como el marsupio de su madre, pero, por lo menos, ahora estaría fuera de peligro, lejos de sus depredadores. La duda invadía a Luchy preguntándose cómo haría para alimentar a tan pequeña y vulnerable criatura, qué tendría que hacer para asegurarse que Perry podría salir adelante.

Entonces Luchy tomó cartas en el asunto, tomó a Perry y comenzó a alimentarlo con leche varias veces al día, al principio no fue fácil, Perry no estaba acostumbrado a comer de esa forma, era bastante complicado para ambos, pero conforme fueron pasando los días se fue haciendo más placentero.

Poco a poco el apetito de Perry aumentaba, siendo insuficiente la leche, entonces Luchy decidió agregar nuevos alimentos a la dieta de Perry, para que este se desarrollara mejor. Perry comenzó a comer más y más hasta que alcanzó un tamaño más grande y se hizo más independiente, ya no pasaba tanto tiempo dentro de casa, sino que salía por las noches a visitar nuevos lugares, siendo más audaz cada día, trepaba árboles y jugaba colgándose con su cola pensil. Luchy pasaba mucho tiempo con Perry, se convirtieron en amigos. Perry podía entrar y salir de la habitación de Luchy cuando él lo deseara, andaba libremente por la casa yendo de un lugar a otro sin problema, los perros lo miraban a través de la ventana preguntándose por qué ellos debían estar fuera de casa mientras él podía estar tan cómodo dentro de ella.

Esto hacia más complicada la situación, ya que era motivo de celos, y corría peligro, cada que decidía salir de casa, se convertía en toda una travesía poder ir a recorrer el vecindario por las noches con esas bestias rondando en el patio, pero aun así Perry se las arreglaba para visitar sus lugares favoritos y regresar ileso a casa.

Así pasó el tiempo, viviendo aventuras por las noches y durmiendo durante el día cerca de quien se convirtió en su compañera su querida amiga Luchy.

Una noche, Perry se disponía a salir a tomar aire nuevamente, seguir conociendo sus habilidades y desarrollando sus hábitos nocturnos, esperó a que se durmiera Luchy y trató de esquivar a las mascotas que noche tras noche desde hacía varios meses trataban de atraparlo y ajustar cuentas con él. Salió silencioso de casa caminando lentamente por la orilla del patio, saltó ágilmente a un árbol que descansaba sus ramas en la barda de la casa y así pasó sin problemas a las feroces mascotas. Caminaba entre la hierba esperando encontrar algo en qué entretenerse y decidió rebasar sus límites, sí, quiso ir un poco más allá y conocer nuevos lugares.

Al llegar a un solar baldío, con montes altos y poca luz, escuchó ruidos que hacía tiempo no escuchaba, sonidos muy familiares para él, emprendió su camino dirigido hacia donde provenían esos sonidos, entonces se dio cuenta que sobre un árbol tupido de ramas estaba alguien como él, sí, estaba un tlacuache hembra, la cual cargaba en su espalda ocho tlacuachitos. Los recuerdos invadieron su mente, recordó exactamente cómo

viajaba él de la misma manera con su madre cuando era un bebé, dejando la nostalgia a un lado comenzó a acercarse y su sorpresa fue tal que ese tlacuache era su madre, ese ser del que él se soltó una noche, y no vio por mucho tiempo ahora está justo frente a él. Ella lo miró y supo que era su pequeño Perry, de alguna manera Perry no había entendido por qué no regresó por él, pero eso no importaba ya.

Los tlacuaches son animales que generalmente son solitarios, sin embargo viven en familia cuando la hembra acaba de tener a sus bebés, por lo tanto Perry decidió quedarse con ellos y recuperar el tiempo perdido, cenaron juntos, conoció a sus nuevos hermanos y jugaron.

Perry permaneció en ese lugar algunos meses hasta que decidió formar su propia familia, pero no sin antes pasar a despedirse de quien lo rescató aquel día y cuidó de él.

Regresó a casa y ahí estaba Luchy, sorprendida por su regreso ya que había crecido Perry había tenido el peor de los desenlaces, no daba crédito que estaba otra vez con ella, sin embargo, Perry sólo pasaba para decir adiós, ella lo miró y entendió que su destino no estaba con ella y él tenía que hacer su propia familia. Perry continuó su camino sin olvidar a aquellos seres que formaron parte de su vida y agradecido por la generosidad de su querida amiga Luchy.

Roi, el DJ

José Wenceslao Gaznares

8 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Había una vez un niño de diez años de nombre Roi que le gustaba mucho la música electrónica y él veía muchos otros DJ que su música era muy famosa, pero a su mamá no le gustaba la música electrónica quería que Roi aprendiera música clásica. Como a su mamá no le gustaba la música electrónica, Roi empezó a tocar esa música a escondidas y después de componer cinco canciones, él se las enseñó a sus amigos porque quería saber su opinión al respecto. Lo que no sabía Roi es que sus amigos no sabían mucho al respecto por lo que empezó a preocuparse para saber a quién le pediría su opinión.

Primero pensó en su abuelo, pero de inmediato creyó que no era buena opción, ya que él se acordaba por las pláticas que tenían, que su abuelo había crecido con otro tipo de música. Le había contado que cuando era joven y andaba de novio solía llevar serenatas con música de

tríos o mariachis, que eso les gustaba mucho a las chicas de esa época, así que pensó Roi que su abuelo no tendría mucha experiencia en la música electrónica, por lo que pensó en otra persona.

Roi tenía una hermana más pequeña de siete años de nombre Angélica, con la cual le gustaba mucho jugar a los video juegos o escondidas, y pensó que le gustaría escuchar la música que había creado, pero cuando llamó a su hermana a la computadora para ponerle una melodía notó que no le agradaba mucho, porque su hermana prefería otro tipo de música, un poco más infantil, de caricaturas de esas que veía por horas en la televisión.

Entonces el niño empezó a desesperarse y pensaba que tal vez él estaba equivocado, que debería hacerle caso a su mamá y dedicarse al estudio de la música clásica, incluso su mamá ya le había comprado una guitarra para que empezara sus clases tan pronto como él se decidiera, pero él siempre ponía muchos pretextos para evitar que lo llevaran. Él trataba de ser cumplido en sus clases del colegio y obtener las mejores calificaciones porque le gustaba ser muy aplicado en todo lo que hacía, sin embargo, en el área musical no lograba llegar a un acuerdo con su mamá.

De pronto recordó a su tío el hermano de su papá, quien siempre le había demostrado estar atento a sus logros y dudas, por lo que lo llamó por teléfono para invitarlo a su casa y así poder enseñarle sus nuevas canciones. Cuando llegó su tío, de inmediato lo llevó a su recámara y encendió su computadora para mostrarle las mezclas musicales que

había logrado, pero su tío tenía otro tipo de gustos, a él le fascinaban las cumbias y la música regional, pero su tío le dijo:

—Roi yo no sé mucho de esta música pero alcanzo a entender que tus mezclas suenan bien, despiertan cierto interés en quienes la escuchan y logran cambiar el estado de ánimo de cualquiera, así que yo creo que está muy bien.

Roi estaba tan contento con la opinión de su tío que pensó en darle gusto a su mamá y empezar con las clases de guitarra, su mamá lo llevaba al Instituto de Música todas las tardes y aprovechaba para llevar a su hermana a clases de baile, el niño empezó a aprender a sacar notas musicales para empezar a formar canciones, cosa que también le agradó demasiado.

Estaba tan feliz que no se le hacía nada pesado estar por la tarde ahí, incluso su maestro estaba preparando un festival musical con el resto del grupo, pero al darse cuenta de las habilidades musicales de Roi le otorgó un lugar especial para que todos pudieran disfrutar del niño en la guitarra. Roi estaba muy interesado en seguir aprendiendo notas, melodías, etc., y lo que también lo hacía muy feliz es que ahí había logrado hacer nuevos amigos, todos con un interés en común, la música, a los cuales les contó que le gustaba mucho crear canciones con la música electrónica y que tenía varias melodías que él había hecho.

El nuevo universo

Ataymar Alejandra Roque Soto

11 años / Ciudad Victoria, Tamaulipas

Cuando nosotros vemos hacia el cielo, lo vemos como si sólo fuera un espacio azul celeste con nubes, estrellas, sol y luna, pero en la realidad es más hermoso y maravilloso de lo que podemos observar. Para algunas personas la luna es lo más hermoso de nuestro Sistema Solar. Es un cuerpo celeste que a pesar de no tener luz propia nos ilumina en la noche.

Había una vez una joven de dieciocho años llamada Kira, su pasión eran las galaxias, las estrellas, los planetas, los asteroides, los meteoritos y todas las cosas que conforman el universo. Pero lo que más le llamaba la atención y consideraba que era su favorita era la Luna. Ella la miraba como su amiga y compañera, le contaba sus problemas y preocupaciones, una amiga que nunca la iba dejar sola. Kira sabía que su amiga estaría allí siempre con ella, en el día no la veía pero en el

fondo sabía que la luna estaba descansando para poderse reunir en las noches y así poder tener su plática diaria.

Ella vivía en Londres, entraría a la universidad, quería estudiar astronomía que era una carrera difícil y larga. Su madre la apoyaba mucho al igual que su abuela, su padre había sido un astrónomo excepcional pero murió en una explosión en su laboratorio. Kira quería ejercer la misma carrera que su padre pues en él veía un ejemplo a seguir, aunque no sabía cómo hacerlo. Logró estudiar su carrera, fue una alumna de calificaciones excelentes, sus maestros estaban asombrados de la capacidad que se veía en ella.

Para cuando se dieron cuenta, el tiempo pasó muy rápido y se llegó el día en que había terminado su carrera y tenía que graduarse. Pero para poder graduarse necesitaba una tesis y hasta ese momento no sabía de qué tema hacerla.

Duró un tiempo pensando cuál sería un buen tema y se le ocurrió algo, ella había escuchado que la nave Apolo haría un vuelo al espacio exterior, pensó en escabullirse en la nave y conocer el espacio. Investigó qué día sería el lanzamiento y estuvo preparando provisiones durante todo ese tiempo, se la pasaba pensando en qué cosas y alimentos le serían útiles allá en el espacio, ya que, no tenía ni la más mínima idea de qué pudiera ocupar. Lo primero que anotó en su lista de lo que ocuparía fueron hojas de papel y lápiz, ya que eso le serviría para escribir su tesis y también un libro que estaba planeando empezar acerca del espacio, el cual llevaría por nombre “El nuevo universo”.

Un deseo que llevaba Kira en su corazón era ver más de cerca a su amiga Luna, ya que siempre la había visto desde el balcón de su habitación. Y quería preguntarle qué se sentía tener ese resplandor de luz todos los días.

El día y momento del despegue llegaron, Kira se puso nerviosa pues despegaban rápido, además tenía miedo porque iba en una cápsula de escape y llevaba el temor de que en cualquier momento la podían disparar al salir de la atmósfera terrestre para liberar peso.

Antes de despegar le mandó un mensaje a su madre, la cual, le llamó inmediatamente y al sonar su teléfono por poco fue descubierta, su madre no estaba de acuerdo en que Kira realizara ese viaje, se ponía a pensar en todo lo que le podría pasar estando allá arriba, ya que por las cosas que su esposo le platicaba tenía algo de conocimiento sobre ciertas situaciones que pasaban en el espacio, como que se quedaría sin oxígeno, que la nave se quedaría sin combustible, si tendría comida, si pudiera explotar la nave al salir al espacio, etc., pero sabía que su hija tenía que realizar ese viaje y creía en la inteligencia de ella y depositaba toda la confianza de que si no sabía qué hacer no se hubiera animado a irse.

La nave despegó y a medida que transcurría el viaje Kira se sorprendía de lo que veía en el espacio. Miraba todas sus cosas favoritas como estrellas, planetas, asteroides, meteoritos y sobre todo su amiga Luna.

Ella vio todo el Sistema Solar, pero en un momento del viaje la descubrieron, no sabían qué hacer con ella. Entonces se les ocurrió regresarla a la Tierra en la cápsula, ella les dijo que no quería volver. Les explicó que tenía que hacer su tesis y le dijeron que le darían la cápsula que tenía controles y que se fuera sola a explorar el espacio, ellos no querían hacerse responsables si algo le pasaba.

Ella aceptó y así pudo conocer todo el sistema solar. Al regresar a su casa sonó el despertador y descubrió que todo era un sueño, el cual deseaba que hubiera sido realidad.

Índice

<i>La huelga de la ropa</i>	13
Mauricio Serrano Alfaro. Primer Lugar. 11 años. Ciudad Victoria	
<i>No me quiero morir</i>	19
Sebastián Amaro Barrera. Segundo Lugar. 12 años. Ciudad Victoria	
<i>El portal</i>	25
Eliud Emilio Espinosa Carreón. Tercer Lugar. 8 años. Ciudad Victoria	
<i>Mi perro Toto</i>	29
Sergio Alejandro Trejo López. 10 años. Ciudad Victoria	
<i>Una aventura llamada primaria</i>	33
Joel Leonardo Torres Almaraz. Ciudad Victoria	
<i>Una aventura fuera de casa</i>	39
Nataly Ahtziry Báez Eguía. Ciudad Victoria	
<i>Un cuento de otoño en el cielo</i>	43
Diego Alejandro González García. 12 años. Tampico	
<i>El viaje en el desierto</i>	47
Iván Carmona García. 8 años. Ciudad Victoria	
<i>El colibrí y el mensaje</i>	51
Mariana Elizabeth Argüello Cano. 8 años. Ciudad Victoria	
<i>La amistad es más importante que un juego</i>	57
Cecya Jiménez Juárez. Ciudad Victoria	

<i>Un fantástico día de muertos</i>	61
Javier de Jesús Camacho Guevara	
<i>¡Valobot!</i>	67
Leonardo Joel Buenrostro Castillo. 8 años. Tampico	
<i>Leo y el diente perdido</i>	71
Valeria Denisse Casanova Olguín. 8 años. Tampico	
<i>Herbi, una aventura en búsqueda de emociones</i>	75
Óscar Daniel Torres Morales. 10 años. Madero	
<i>Santiago, el beisbolista</i>	79
Ramiro Sánchez Reyna. 11 años. Ciudad Victoria	
<i>El sueño de Eiza</i>	83
Anna Cecilia Hernández Flores. Ciudad Victoria	
<i>El viaje de Juan</i>	91
Francisco Javier Guerrero Degollado. 11 años.	
Ej. Cruz y Carmen, Mpio. de Hidalgo, Tam.	
<i>Un corazón humilde</i>	95
Marely Lizbeth Blanco Castillo. 11 años.	
Ej. Cruz y Carmen, Mpio. de Hidalgo, Tam.	
<i>El venado</i>	99
Pedro Margarito Castillo Gallegos. 11 años.	
Ej. San Juan del Salto, Mpio. de Hidalgo, Tam.	
<i>Felicidad</i>	103
Lissy Jiménez Guajardo. 13 años. Reynosa	
<i>El jardín de don Remigio</i>	109
Mayté Guadalupe Juárez Molina. 12 años. Ciudad Victoria	

<i>Implantando sueños</i>	113
Luis Ángel Acuña Olvera. 13 años. Ciudad Victoria	
<i>Jade Yolotzin</i>	121
Loretta Martínez Calderón. 12 años. Ciudad Victoria	
<i>El perro agradecido</i>	127
Antonio Paredes López. 12 años. Ciudad Victoria	
<i>Ayúdame</i>	131
Jaime Alejandro Morales Tobías. 10 años. Ciudad Victoria	
<i>Los súper héroes del Colegio</i>	137
Antonio Omar Fernández Cantú. 10 años. Ciudad Victoria	
<i>La sombra de Mauro</i>	141
Rodrigo Sosa Ávalos. 13 años. Ciudad Victoria	
<i>Hechizo</i>	147
Regina Mercado Villanueva. 13 años. Ciudad Victoria	
<i>Rubén y la desaparición de las vocales</i>	155
Juan Pablo Reyes Gámez. Ciudad Victoria	
<i>Martín y sus dientes</i>	161
Sophia Alcalá Maldonado. 11 años. Ciudad Victoria	
<i>El pequeño tragafuego</i>	165
Andrés Humberto Benavides Mosqueda. 8 años. Ciudad Victoria	
<i>Roi, el DJ</i>	171
José Wenceslao Gaznares. 8 años. Ciudad Victoria	
<i>El nuevo universo</i>	175
Ataymar Alejandra Roque Soto. 11 años. Ciudad Victoria	



La huelga de la ropa y 32 cuentos más
Autores varios

Este libro se terminó de imprimir
el 15 de abril de 2019,
se utilizó tipo de letra de la familia
Times New Roman en 12 puntos.
Se imprimió en papel cultural.
Su tiraje fue de 500 ejemplares.



TAm
GOBIERNO DEL ESTADO

The logo features the word "TAm" in a large, bold, black script font. Below it, the words "GOBIERNO DEL ESTADO" are written in a smaller, black, sans-serif font. The background is a light blue gradient with a sunburst effect behind the text.